

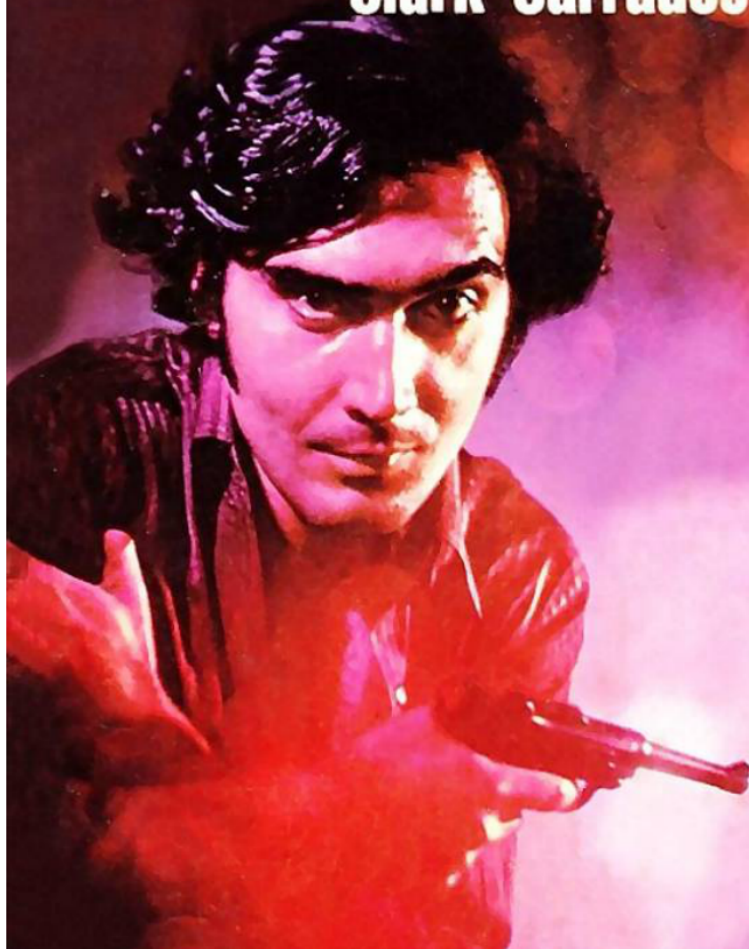
BOLSEROS DRUGUERA

S
S

SERVICIO SECRETO

¡ GUERRA A S.W.A.T. !

Clark Carrados



SS

**SERVICIO
SECRETO**



CLARK CARRADOS

¡GUERRA A S.W.A.T.!

Colección **SERVICIO SECRETO** n° 1.424

Publicación semanal

Aparece los **MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RÍO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B. 35.140 - 1977
Impreso en España Printed in Spain

1.ª edición: noviembre, 1977

© Clark Carrados - 1977
Texto

© Agencia Keystone - 1977
Cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA. S. A
Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen
en esta novela, así como las situaciones de la misma, son
fruto exclusivamente de la imaginación del autor; por
lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o
hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera S.A.
Parets del Vallès (N-152. Km 21,650) Barcelona - 1977

**OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.560 - Trampa mortal

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.414- ¡Diselo con balas!

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

1.058 - Sed de odio, sed de sangre

En Colección CALIFORNIA:

812 - Abogado de revólver

En Colección KANSAS:

1.010 - Meta sangrienta

En Colección BRAVO OESTE:

626 - Clave para el asesino

En Colección SALVAJE TEXAS

818 - El fin de la cuenta

En Colección ASES DEL OESTE:

635 - Las siete chicas de oro

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 - Contratados para morir

En Colección BÚFALO SERIE AZUL:

66 - Destinos ardientes

En Colección PUNTO ROJO:

794 - Tía Annie y yo

En Colección COLORADO:

1.049 - Viejos enemigos

CAPÍTULO PRIMERO

El teniente Lew T. Dart había terminado ya su turno de servicio y regresaba a su casa. El día, afortunadamente para la sección de SWAT de que era jefe, había discurrido con normalidad. No había habido ningún jaleo y Dart se sentía tranquilo y satisfecho.

Dart conducía su coche particular y vestía ropas civiles: un «polo» de color, oscuro, cazadora clara, de tejido liviano y pantalones azules. Cualquiera que le mirase vería en él a un hombre común y corriente, que regresaba de su club, tras un recorrido de dieciocho hoyos, con los palos de *golf*. Lo que restaba de día para Dart sería la cena, que se prepararía él mismo en su departamento de soltero y luego un libro hasta la hora de acostarse.

La radio del coche emitía música suave y relajante, que Dart acompañaba con el tamborileo de los dedos de su mano derecha sobre la rodilla. De súbito, oyó una sirena policial a sus espaldas.

Estaba fuera de servicio y se apartó obedientemente hacia la derecha. El coche, blanco y negro, pasó raudo a su lado. En una fugaz visión de soslayo, Dart captó la saliente mandíbula del teniente Rattigan, de Homicidios. Rattigan era buen amigo suyo, aunque contaba con algunos años más, en edad y en el servicio. Dart se preguntó qué caso debería resolver ahora el hombre a quien no sólo por su aspecto físico sino por su tenacidad en resolver asuntos particularmente complicados habían apodado *Bull-dog* «Perro de Presa».

En aquel momento, el coche de Rattigan se metió por un callejón lateral. Al pasar frente a la entrada, Dart divisó varios coches de la policía y la conocida imagen de un furgón de SWAT.

Las lámparas de los techos de los vehículos destellaban continuamente. En cambio, las del camión blindado permanecían apagadas. Dart divisó también un par de ambulancias y, vencido por la curiosidad, frenó, retrocedió y se metió por el callejón.

Un policía de uniforme salió a su encuentro, con la mano extendida.

—No se puede pasar, señor —dijo, cortés.

Dart se apeó y enseñó su billetera.

—Teniente Dart, SWAT de Sierra —se presentó.

—Oh, dispense, teniente —se disculpó el guardia—. Ha ocurrido algo grave, señor.

Rattigan andaba ya con los otros policías. Dart vio que los sanitarios sacaban algo en una camilla. La blanca sábana estaba llena de manchas de sangre.

El sargento Ellis le conocía.

—Horrible, señor, horrible —dijo, al saludarle.

Dart avanzó unos pasos más, Rattigan estaba al pie del furgón, cuyas puertas posteriores estaban abiertas de par en par. La pared del lado opuesto, que comunicaba con la cabina del conductor, había desaparecido casi por completo.

Dart lanzó una rápida mirada al interior del vehículo. Era un espectáculo horripilante. Había sangre por todas partes.

Los sanitarios extrajeron otro cadáver del furgón que se suponía invulnerable. Una mano osciló fuera de la camilla. Dart vio un anillo de forma peculiar y sintió un doloroso espasmo en el estómago. Aquello era todo lo que quedaba del teniente Stainer, jefe del SWAT de Mission.

Rattigan le vio en aquel momento.

—Una cochinada, Dart —dijo. El cigarrillo que pendía de sus labios oscilaba a cada sílaba de sus palabras—. Murieron como pajaritos, sin tener tiempo de decir «ay».

Dart tragó saliva.

—Parece una explosión...

—Un lanzagranadas, concretamente. Alguien avisó a SWAT de la calle de la Misión que había un francotirador apostado en un tejado y que había abatido a tres personas. Stainer y sus hombres acudieron y, apenas habían recorrido cincuenta metros en este callejón, recibieron el impacto de la granada.

—Un proyectil antitanque, estilo «bazooka» —dijo Dart.

—Aproximadamente. Todavía no se sabe qué clase de proyectil fue utilizado; eso queda para los técnicos. Pero no cabe duda de que sus efectos fueron devastadores. Los seis hombres murieron

instantáneamente.

Dart elevó la vista hacia el tejado desde donde el tirador había disparado aquel terrible proyectil. Había algunos hombres, de uniforme y de paisano, buscando huellas que permitiesen dar con alguna pista razonable para encontrar al asesino.

—La llamada debió de ser una trampa —dijo.

—Sí, claro. Llamaron a la comisaría de Mission y el jefe encargó el trabajo a Steiner. Está fuera de toda duda que el asesino quería cargarse al equipo de Steiner.

—¿A todos? —se extrañó Dart.

Rattigan se encogió de hombros.

—Eso parece —contestó.

Dart torció el gesto. Se preguntó qué diría Billy, su conductor, cuando conociera la noticia. El furgón que ellos utilizaban estaba blindado, pero sólo hasta cierto punto. Los vidrios y las paredes, podían repeler los disparos de una ametralladora. Incluso el piso estaba reforzado contra la explosión de pequeñas minas.

Pero no era protección suficiente contra los proyectiles de un «bazooka».

Una de las ambulancias retrocedió lentamente, para buscar una salida. Dart se puso un pitillo en la boca.

—¿Puedo serte útil, Harry? —preguntó.

Rattigan meneó la cabeza.

—Mi equipo se encarga ya del asunto —contestó.

—Tenme al corriente de lo que averigües —pidió Dart.

—Descuida.

Dart volvió pensativamente a su coche. Sentíase muy preocupado.

¿Se Untaba de una venganza particular contra el equipo de Steiner?

Del oficial muerto, cumplidor como pocos, Dart sabía que era un tanto mujeriego. Acaso algún marido ofendido había querido vengarse... pero si era así, se trataba de una venganza atroz, ya que habían muerto cinco inocentes, que no tenían nada que ver con los líos de laidas de Steiner.

En todo caso, algo era seguro: el prestigio que los equipos de SWAT habían alcanzado, podía verse por los suelos. Y lo que era aún peor: los miembros de estos equipos podían perder la moral,

con lo que su eficacia en casos difíciles se vería terriblemente menguada, cuando no anulada por completo.

Por la mañana, Dart encontró a sus hombres comentando lo sucedido.

Morris Stevens era el sargento, segundo en el mando. Los otros tres eran Link Cawndy, menudo, pelirrojo, vivaz como una ardilla y capaz de encaramarse al edificio más alto en las peores condiciones. Cawndy era el especialista tirador del grupo, hombre de puntería poco menos que infalible.

Mitch *Hooligan* era enorme, con unas manos como palas, pero con los dedos tan delicados como los de un pianista. Su capacidad para derribar puertas con el impacto de su corpachón se había hecho proverbial.

Elmo Blade, el quinto miembro del equipo, era también joven, tranquilo, reposado, de aspecto reflexivo, pero veloz como una pantera cuando era necesario. Los cuatro hombres se hallaban en torno a una mesa, saboreando sendas tazas de café y miraron a su jefe al verle llegar.

—Lo sabes, Dart —dijo Stevens.

—Me encontré con el jaleo cuando volvía a casa —respondió el interpelado—. ¿Sabéis ya algunos detalles más del caso?

—Hasta ahora, nada —respondió Cawndy—. Solamente se han encontrado trozos de metal, que se suponen pertenecen a la granada, pero ya están en el laboratorio, en manos de los técnicos.

—¿Habéis hablado con Billy? —preguntó Dart.

—Sí, pero está bastante tranquilo —dijo Stevens.

—Teniente, ¿qué le parece a usted? —preguntó *Hooligan*—. ¿Venganza particular o pública?

—¿Qué quieres decir, Mitch?

—Bueno, nosotros especulábamos, con la posibilidad de un amante o un marido celoso. Usted ya conocía a Steiner; las mujeres eran su debilidad.

—Pero sólo hasta cierto punto —defendió Blade al difunto—. Sí, le gustaban las mujeres, aunque jamás se metió en un lío. ¡Caramba, tres de nosotros somos solteros, empezando por usted, teniente! ¿Es que no tenemos derecho a un poco de diversión de cuando en cuando, como cualquier otro ciudadano?

—Si la diversión se disfruta con una mujer que tiene dueño,

legal o no, la cosa puede complicarse —sonrió Dart.

—Será cosa de pedir antecedentes a cada mujer que me guste un poco —rezongó Cawndy—. «Señora, ¿tiene usted un marido o amante celoso? ¿Es aficionado a usar “bazookas” cuando se enfada?» —simuló una inexistente conversación con una desconocida. Luego añadió—, así no se pueden hacer conquistas, diablos.

—Link, mucho me temo que esto sea algo más serio que el resultado de una frustración amorosa —dijo Dart.

—Eso creo yo también —convino el sargento Stevens—. Se necesita mucho estómago para matar a cinco hombres inocentes, sólo por vengarse del sexto, que es el único causante de ese daño imaginario.

—Sargento, hay gente para todo —dijo Blade filosóficamente—. Algunos, si pudieran hacerlo con sólo apretar un botón, liquidarían a todos los policías de Los Ángeles con enorme placer, tal vez porque uno le perjudicó en tiempos. Acaso ese perjuicio fue real e inmotivado, porque también hay de todo entre nosotros, pero eso no le importaría al hipotético asesino. Con tal de lograr su venganza, nos mataría a todos si pudiese.

—¡Qué pico de oro tienes, muchacho! —exclamó *Hooligan*—. Admiro a los hombres inteligentes como tú, Elmo.

Blade sonrió ligeramente.

—Es cuestión de sentido común —respondió.

—Y resultado de tus estudios. Cuando te licencies en Derecho, nos abandonarás...

—Y un día llegará a fiscal del distrito y nos hará bailar de coronilla —rió Cawndy.

—Ese día está muy lejos y aún no sé si estaré con vosotros o frente a vosotros, defendiendo a vuestros acusados —contestó Blade.

Dart sonrió, mientras se acercaba al teléfono. Blade era un excelente muchacho, con ciertas ambiciones. Todos sabían que su más vivo deseo era terminar los estudios. Entonces, dejaría el grupo... pero ahora no cabía pensar en la futura ausencia del muchacho.

Momentos después, estaba en contacto con Rattigan.

—Todavía no sé nada —contestó el teniente de Homicidios—.

Tenemos algunas pistas, pero son muy débiles. Un testigo dice que vio a un hombre de mediana edad, cargado de hombros y vestido con un abrigo. Dado que el día era bastante caluroso, el que llevase abrigo le chocó bastante. Pero le vio entrar en el edificio desde el que se disparó el proyectil.

—Llevaría alguna maleta, un bulto en las manos... Esa clase de artefactos no se transportan a la vista de todo el público.

—Bueno, mi opinión personal es que el asesino estuvo preparando el golpe desde hacía tiempo. Tal vez llevó el tubo en piezas y la granada y la carga de proyección en etapas sucesivas.

—Sí, pero tuvo que hacerlo antes de su ataque al furgón de Steiner. Después del disparo, debió escapar con muchas prisas...

—Dart, el caso es que no hemos encontrado nada en ese tejado —dijo Rattigan.

—Está bien. ¿Qué sabes del proyectil?

—Aún nada. Los trozos de metralla que encontramos, así como los rastros del explosivo, han ido a parar al laboratorio. Si quieres más detalles, habla con el sargento Fósforo.

—¿Cómo? —dijo Dart, atónito.

—Sí, P. H. Briant, de Coordinación. Ese departamento nuevo que se creó hace poco, aunque no sé bien para qué diablos sirve... ¿Lo sabes tú, Dart?

—Alguien le vería su utilidad, supongo. Pero ¿por qué diablos le llaman Fósforo a ese sargento?

Rattigan soltó una risita.

—Hombre, sus iniciales, P. H. «Ph» es el símbolo químico del fósforo, si es que todavía te acuerdas de tus estudios elementales.

Dart rió también.

—De acuerdo, hablaré con Fósforo —dijo.

Otro de los teléfonos sonó en aquel momento. Stevens atendió la llamada:

—Aquí, SWAT de Sierra —dijo.

Una voz emergió a través del amplificador situado junto al teléfono:

—Francotirador en la terraza de Hysler Building, intersección calles Morton y Ladera. Ha causado ya dos bajas. Acudan en el acto, SWAT.

—Enterado —contestó Stevens.

Colgó el teléfono. Todos los miembros del equipo se miraron mutuamente en silencio.

¿Se trataba de una falsa llamada, como la que había costado la víspera las vidas de seis hombres?

CAPÍTULO II

Dart tomó una decisión rápidamente.

—Escuchad bien, muchachos. Yo iré delante, en mi coche particular. Si la llamada es auténtica, me detendré en las inmediaciones del lugar dónde está apostado ese tirador. Si veo que se trata de una trampa, dejaré encendidos los intermitentes de emergencia. ¿Entendido?

Stevens asintió.

—Se lo diremos a Billy —contestó.

Dart corrió hacia la salida, con la camisa de paisano en las manos. Antes de llegar a su coche, ya se la había puesto, sobre la del uniforme. Así vestido, podría pasar por un automovilista corriente a los ojos del asesino, si se trataba de una emboscada.

Stevens y los otros tres corrían ya hacia el furgón, cuyas luces chispeaban sobre el techo. Dart arrancó velozmente. Desde el furgón, Stevens pidió que transmitieran un aviso a los patrulleros que Dart debía llegar en su coche, a fin de que le dejaran circular a toda velocidad y sin sirena.

El furgón arrancó, con los intermitentes aullidos de su sirena. Un cuarto de hora más tarde, Billy, el conductor, vio parado el coche del teniente, con las luces apagadas.

—Llamada auténtica, sargento —informó a través del interfono.

Dart corría ya hacia el furgón, a fin de ponerse el chaleco blindado. *Hooligan* y *Blade* se hallaban apostados a la entrada de la calle Morton. Cincuenta metros más adelante, se veían dos cuerpos tendidos en el suelo.

Un fusil ladró en aquel momento. Las balas rebotaron sobre el asfalto y se alejaron con agudos aullidos.

Dart alcanzó la esquina y exploró el panorama. Se trataba de un edificio comercial, deshabitado en aquellos momentos. El tirador se hallaba en el parapeto de la terraza, a diez metros del suelo.

Sonaron dos disparos más. Luego, se oyó una voz:

—¡No se acerquen, policías! Tengo municiones en abundancia y estoy dispuesto a volar la cabeza al primero que se asome.

—Un desequilibrado —gruñó *Hooligan*.

—Me pregunto qué es lo que hace a algunas personas perder la razón, cuando no tienen motivo para ello —dijo Cawndy.

—Siempre hay un motivo para perder la cabeza —contestó el reflexivo estudiante de Derecho—. Cuando le hayamos puesto la mano encima, lo sabremos.

Dart continuaba estudiando los edificios contiguos. Al fin, creyó haber hallado la solución.

—Stevens, por retaguardia, con Link. Mitch, tú conmigo. Elmo, toma el altavoz. Eres buen orador; trata de persuadir a ese pobre tipo para que se rinda. ¿Entendido?

Cawndy dio una palmada en el hombro de Blade.

—Elmo, así te entrenarás para cuando actúes ante los tribunales —dijo humorísticamente.

Los cuatro hombres se dispersaron. Cawndy llevaba al hombro la cuerda con el arpeo. Dart y el gigante se metieron por la puerta de servicio del almacén fronterero.

Mientras subían a los pisos superiores, oyeron la voz de Blade, que trataba de hacer entrar en razón al francotirador. La respuesta del sujeto fue una larga salva de disparos.

—Parece un «Garand» —comentó Dart.

—Sí, esos fusiles, aunque viejos, se venden como rosquillas —dijo *Hooligan* malhumorado.

—Pero matan lo mismo que los del último modelo.

Al otro lado, Cawndy había lanzado el arpeo. Cuando vio que agarraba, empezó a trepar por la cuerda como una araña en el hilo de su tela.

Desde abajo, Stevens le vio llegar al borde del parapeto. Cuando pasaba al otro lado, sonó un disparo. Cawndy abrió los brazos y se desplomó al interior del tejado.

Stevens se quedó helado. ¡Cawndy, muerto o tal vez herido! Le parecía imposible...

De pronto, vio que la cuerda se agitaba tres veces seguidas. Respiró aliviado. Cawndy había hecho la contraseña acordada para casos similares. A fin de evitar nuevos disparos, había fingido ser

alcanzado por el disparo.

En la azotea frontera sonaron algunas detonaciones. Dart y *Hooligan*, sin tirar a dar, pretendían solamente distraer la atención del francotirador. Stevens aprovechó el momento y trepó hasta el borde del parapeto.

—Link —llamó a media voz.

—Espere un momento, sargento —pidió Cawndy—. Estoy a veinte pasos de ese tipo, protegido por una claraboya que, sin embargo, es muy baja... ¡Ahora, ya!

Stevens puso ambas manos en el borde del parapeto y saltó al otro lado. Al caer, rodó velozmente sobre sí mismo, quedando tras el borde de cemento, que sustentaba el tejadillo de vidrio de la claraboya y que no tenía más de treinta centímetros de altura.

Sacó el transmisor de radio:

—Dart, ya estamos en la azotea, a veinte metros del tipo —informó.

—He oído disparos cuando subía Link —dijo Dart.

—Se hizo el muerto, está bien.

—Perfectamente. Le diré al abogado que haga otro nuevo intento. Si no es así, tendréis que atacar. Tirad bajo, a las piernas, pero, sobre todo, no corráis riesgos.

—OK., Dart.

El teniente llamó a Blade.

—Elmo, dile que está rodeado y que no tiene posibilidades de escapar. Consigue que tire el arma y levante los brazos.

—Enterado, teniente.

El altavoz bramó a la entrada de la calle. Stevens y Cawndy, con sus fusiles semiautomáticos

M-16,

estaban agazapados en las dos esquinas de la claraboya.

Súbitamente, el francotirador giró en redondo y se lanzó hacia delante a todo correr, haciendo fuego desde la cadera. Los estupefactos hombres de SWAT que estaban en aquella terraza, oyeron un grito que sonaba incongruentemente en semejantes parajes:

—Banzai! Banzai!

Pero no había poder de persuasión suficiente para detener a un hombre extrañamente desequilibrado. Dos M-16 tronaron al

unísono.

Se oyó un grito de dolor. El loco tiró su fusil y cayó de bruces al suelo, agitándose convulsivamente.

Stevens saltó hacia él y apartó el «Garand» de una patada. Luego dio la vuelta al caído, que se quejaba aparatosamente.

—Está vivo, teniente —informó por radio—. Le hemos acribillado las piernas y no lo pasará bien, pero saldrá adelante.

—Bien, pediré una ambulancia —contestó Dart, satisfecho del buen final de la acción. Pero quizá los dos muertos que yacían inmóviles al pie del edificio no serían de su parecer, si estuvieran en condiciones de expresarlo con palabras, pensó melancólicamente.

Al llegar abajo, se encontró con un hombre tremendamente agitado, que pronunciaba frases poco fáciles de entender. Era Milton Hysler, dueño del edificio donde se había apostado el francotirador.

—Ese hombre, Sessuko Hayame... Estaba medio loco... Tuve que despedirle, porque era un desequilibrado...

—Ah, era japonés —dijo Dart.

—Nipoamericano, teniente. Aunque había nacido aquí, su padre seguía siendo japonés y se marchó con toda la familia poco antes de estallar la guerra, en el año cuarenta... El señor Hayame tenía entonces cuatro o cinco años y... Bien, en los últimos tiempos no hacía más que hablar de las hazañas de su padre en el Pacífico... Era un buen ingeniero electrónico, pero estaba chiflado... Oh, Dios, yo no podía continuar teniéndolo empleado...

—No se preocupe, señor Hysler —dijo Dart—. Usted no tiene la culpa.

—Hayame debió de creer que estaba en la guerra —intervino Stevens—. Nos lanzó un ataque suicida, teniente. Gritaba «Banzai!», ¿sabe?

Dart movió la cabeza.

—Lastimoso —murmuró—. Morris, haga el informe de lo ocurrido. Yo voy a entrevistarme con el sargento Briant.

—Bien, señor.

La ambulancia acudía ya. Otros policías se encargaban de mantener el orden y apartar a los curiosos del lugar, a la vez que reorganizaban el tráfico, interrumpido por el incidente. Dart se quitó el uniforme, incluyendo el chaleco blindado, y se abrió paso

hasta su coche.

En la puerta, se prendió del pecho la tarjeta de identificación. Una mujer policía le enseñó el camino de la oficina del sargento Briant. Dart pudo ver minutos más tarde una puerta de cristal con un extraño rótulo:

ASISTENTE DE COORDINACIÓN.

SARGENTO P. H. BRIANT.

Al otro lado de la puerta había una mujer joven, de pelo corto, castaño, vuelta en aquellos instantes de espaldas a la entrada, ya que parecía muy ocupada en un archivador. Dart abrió, asomo la cabeza y dijo:

—¡Hola! Busco al sargento Briant.

—Soy yo —declaró.

—Oh —exclamó—. No sabía... No me dijeron...

—Apuesto a que sí le dijeron mi apodo —manifestó ella con frialdad—. Ese apodo es un chiste malo, ¿me oye?

—Por si le interesa, le diré que yo no pienso emplearlo, ni delante de usted ni a sus espaldas, sargento Briant. Y ahora, permítame que me presente: Teniente Dart, de SWAT de Sierra.

—Celebro conocerle, teniente —dijo la joven sin demasiado entusiasmo—. Pero, por favor, termine de entrar, cierre la puerta y dígame en qué puedo servirle.

Dart dio unos pasos dentro de la oficina. El sargento Briant tenía unos ojos color humo, realmente preciosos, y un tipo con numerosos encantos que no podían quedar ocultos ni siquiera bajo la severidad del uniforme policial. Al acercarse a la mesa, vio en ella un microscopio binocular.

—Tengo aquí un pequeño laboratorio —explicó ella—. Así, en ocasiones, puedo adelantar algunos análisis.

—Me parece muy bien, señorita... perdón, sargento. Bien, debe saber que el teniente Steiner y yo fuimos bastante amigos. Estoy interesado en su caso.

—Oh, comprendo. La verdad es que no podemos decirle demasiado. Todavía ignoramos la clase de proyectil que se utilizó contra el furgón blindado.

—¿Sabe si han investigado en los arsenales del ejército? Si se trató de un lanzagranadas, pudo ser robado...

La sargento se acercó a la mesa y tomó un trozo de metal, de un

centímetro de grosor, y del tamaño doble de la uña de un dedo pulgar.

—Se encontró en el furgón atacado —explicó ella—. Cómo puede ver, los bordes son irregulares, a causa de la explosión, excepto en un punto, en donde se ven parte de las estrías de la rosca. Todavía tenemos que averiguar si este fragmento pertenece a la punta o a la cola del proyectil, pero sí puedo anticiparle que no se trata de un arma de reglamento en nuestro ejército.

—Es curioso —dijo Dart—. Para un atentado semejante, no valdría la pena «importar» una granada fabricada en otro país.

—Muy cierto, teniente. Ése es un detalle, como puede comprender, que nos tiene sumamente preocupados. SWAT no se ocupa de casos de espionaje ni actúa en hechos que pudieran tener repercusión internacional, por lo que el ataque no se puede achacar a un agente extranjero. Aparte sus sangrientas consecuencias, se trata de un hecho común.

—Poco común, si hemos de ser fieles a la realidad —gruñó el visitante—. Sargento, ¿ha oído hablar usted algo sobre las cualidades personales del teniente?

—Sí, pero aquí opinamos que no se trata de la venganza de un hombre celoso. Si fuese así, habría buscado una mejor ocasión para eliminar al rival molesto, sin necesidad de cortar otras cinco vidas humanas. No; nuestra opinión es que se trata de un ataque dirigido directamente contra SWAT.

—¿Contra nosotros? —Parpadeó Dart.

—Al menos, contra SWAT de Mission. Hemos estado investigando las posibilidades de un golpe de gran efecto, que Steiner y sus hombres pudieran haber frustrado con su rápida intervención, pero no hemos hallado ninguna relación entre ese supuesto robo y el ataque al furgón blindado. Francamente, teniente, hasta ahora nos movemos en un terreno completamente nebuloso, en donde todas las hipótesis son susceptibles de convertirse en hechos reales. En resumidas cuentas, no sabemos nada.

Dart sonrió.

—Me gusta su franqueza, sargento —alabó—. ¿Puedo pedirle un favor?

—Sí, claro.

—Se lo ruego, téngame al corriente de sus investigaciones. Puede resultarnos útil, si tenemos que hacer una salida de emergencia.

—Desde luego —convino ella—. Le llamaré así que sepa algo de nuevo.

Dart se encaminó hacia la puerta.

—He tenido mucho gusto en conocerle, sargento —le dijo.

—Espere un momento.

Dart se volvió y miró a la joven.

—¿Sí?

Ella sonreía suavemente.

—Le agradezco que no haya hecho ningún comentario respecto a mi apodo —dijo.

—Oh, es que yo comprendo perfectamente sus reacciones. También a mí me dan la lata a veces, a cuenta de mi apellido. Dart, «El Dardo», ¿comprende?

La sargento se echó a reír.

—Lo había oído —dijo.

—Gracias por no haber hecho un chiste —contestó él—. Y, a propósito, dejando de lado el símbolo químico que representan sus iniciales, ¿qué significan?

—Penélope Henrietta, teniente.

Dart se llevó el dedo índice a la sien.

—Gracias, sargento —se despidió.

CAPÍTULO III

—El pobre hombre creía haberse reencarnado en el espíritu de su padre. Por eso gritó «Banzai!», cuando cargó contra nosotros... —decía el sargento Stevens, en el momento en que Dart entraba en la oficina.

—Hola, teniente —exclamó Cawndy, el pelirrojo—. ¿Algo de nuevo?

—Sí, he estado con la sargento Briant —contestó Dart.

—Ah, el sargento Fósforo —dijo *Hooligan* burlonamente.

—Cuidado, gigantón; a ella no le gusta que la llamen de esa forma.

—Es una mujer —exclamó Blade.

—Sí, en efecto.

—¿Guapa? —preguntó Stevens.

—Yo sólo he visto a un sargento —respondió Dart—. Y estoy muy preocupado.

—¿Por qué, teniente? —inquirió Cawndy.

—Aún no se sabe qué clase de proyectil se empleó contra el furgón de Steiner. Lo único que se ha averiguado es que se trata de algo muy poco corriente y, además, no fabricado en el país. Aparte de que fue un ataque claramente dirigido contra el equipo de Steiner.

—¿Contra el equipo o contra Steiner? —dijo Stevens.

—Murieron los seis —replicó Dart—. Es todo lo que puedo decirles.

El teléfono sonó en aquel momento. *Hooligan* levantó el aparato, escuchó un instante y lo tendió hacia su jefe.

—Rattigan —murmuró.

Dart se acercó al teléfono a la cara.

—¿Harry?

—No hay noticias —declaró Rattigan—. El atacante se ha

esfumado como un espectro. ¿Has estado en Coordinación?

—Sí, por supuesto. Allí se sienten también muy perplejos.

—Es lógico. Este asunto nos va a traer de coronilla a todos. No parece ser cosa de un tipo celoso, Dart.

—Apunta a un posible golpe de gran efecto, ¿no crees?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Rattigan.

—Bien, acaso el asesino quiera amedrentar a todos los equipos de SWAT de Los Ángeles. Eso le dejaría el camino libre para actuar sin complicaciones en el momento adecuado.

—Pudiera ser, aunque también estamos investigando la hipótesis de una venganza personal, estudiando a fondo las últimas intervenciones de Steiner y su equipo. En las últimas semanas, SWAT de Mission se había mostrado muy activo y eficiente, desbaratando algunos golpes de gran importancia. Tal vez ese ataque fue motivado por el despecho de un rotundo fracaso.

—Es posible, en efecto. Llámame en cuanto sepas algo, Harry.

—De acuerdo.

El teléfono sonó apenas vuelto a la horquilla. Dart lo recobró rápidamente y dio su nombre.

—Soy la sargento Briant —oyó una voz, femenina de timbre inconfundible—. Tengo noticias para usted, teniente.

—La escucho, sargento.

—Ya conocemos el explosivo del proyectil. Era dinamita.

Dart emitió un resoplido.

—¡Dinamita!

—Exacto, el mismo explosivo que usan los mineros. ¿No le parece extraño?

—Por supuesto. Pero las granadas antitanque no llevan dinamita como explosivo, sino TNT.

—A lo mejor, el asesino tenía un viejo proyectil de la guerra y puso dinamita «fresca» en la carga, ya que no tenía confianza en el TNT, que podía haberse descompuesto con el paso de los años.

—Sí, aunque queda el asunto de la espoleta. ¿Qué clase de espoleta utilizó? Porque es obvio que no podía emplear una mecha, ya que la explosión debía producirse indefectiblemente por contacto y no por ignición.

—Estamos en eso, teniente, es todo lo que puedo decirle.

—Bien, muchas gracias, sargento.

Dart dejó el teléfono nuevamente y explicó a sus subordinados los últimos informes que acababa de recibir.

—Será preciso que haya ojos muy abiertos en todas las comisarías de la ciudad —dijo Stevens cuando Dart hubo terminado de hablar.

—Algo gordo se está cociendo, no cabe la menor duda —comentó *Hooligan*.

Dart hizo un gesto con la cabeza.

—Muchachos, presiento que nos esperan unos días muy difíciles —dijo.

Hubo un instante de silencio. Todos los miembros del equipo se mostraban implícitamente de acuerdo con su jefe.

Al cabo de unos momentos, Stevens dijo:

—El hombre que destrozó el furgón de Steiner, ha creado un SWAT particular.

Sí, pensó Dart, aquel sanguinario individuo había creado un equipo SWAT privado. Un Special Weapons And Tactics^[1] compuesto por un solo individuo y cuya primera acción se había mostrado devastadoramente eficaz.

El coche que conducía Dart viró lentamente, para entrar en el camino encementado que conducía al garaje de su departamento. La puerta se abrió automáticamente al manejar el control de radio. Dart paró el motor y la puerta se cerró lenta y suavemente.

Cuando llegó a la sala, miró hacia la calle con aire intrascendente. Parada en la acera, a unos veinte pasos de distancia, había una furgoneta de reparto. El nombre de la empresa estaba pintado en los costados, negro sobre fondo amarillo. La furgoneta disponía de ventanas laterales.

En la cabina no había nadie. Dart supuso que el conductor estaría entregando algún paquete. Iba a retirarse de la ventana, que había abierto para que se airease la sala, cuando, de pronto, se percató de que la ventana lateral de la furgoneta no tenía cristales.

Había, en cambio, unas cortinillas de plástico opaco. Dart vio que se movían un poco. Casi en el acto, divisó un extraño tubo que asomaba algunos centímetros fuera de la ventana.

El instinto le dictó lo que debía hacer. Tomando impulso, saltó a través de la ventana, como si se tirase a una piscina llena de agua. Paró el choque con las manos, rodó un par de veces sobre sí mismo,

como si fuese una pelota, y quedó encogido sobre el césped, mientras oía sobre su cabeza el oscuro silbido de un proyectil.

La explosión fue atronadora. Trozos de muebles volaron por los aires, a la vez que la ventana saltaba en mil pedazos. Parte del techo se derrumbó con gran estrépito. Una espesa humareda brotó por el hueco, mientras en la atmósfera se expandía el acre olor del explosivo deflagrado.

Dart permaneció unos instantes en el suelo, todavía con la cabeza cubierta por los brazos. Cuando, al fin se atrevió a levantar la vista, divisó a la furgoneta amarilla que doblaba la próxima esquina a toda velocidad.

Los técnicos en explosivos recogían muestras en la destrozada sala. Todo un tabique había desaparecido, volatilizado por la explosión. La cocina, sin embargo, había quedado relativamente intacta y Dart había podido poner una cafetera al fuego.

Su dormitorio era también una pura ruina. El tabique lo separaba de la sala se había derrumbado, aunque el proyectil no había impactado en él de una forma directa. Los técnicos de la policía habían hecho una conexión de urgencia, a fin de disponer de luz suficiente para sus trabajos.

Un coche se paró en aquel momento frente a la casa y su ocupante se apeó en el acto. Enseñó su billetera a los agentes de patrulla que había ante el edificio y corrió a través del césped.

Dart estaba ofreciendo en aquel momento una taza de té al teniente Rattigan y se sorprendió enormemente al ver a Penélope. La joven se le antojó muy extraña, vestida con una blusa, *pullover* claro y pantalones azules.

—Me he enterado de la noticia —declaró—. ¿Qué es lo que ha podido ver, teniente?

—Poca cosa, sargento —respondió Dart—. Una furgoneta de reparto... pero dentro estaba el asesino del lanzagranadas.

—Y le disparó una.

Dart señaló con el pulgar a sus espaldas.

—Asómese y vea las ruinas —dijo.

Ella se acercó al umbral y volvió enseguida junto a los dos hombres.

—Debe de considerarlo como un milagro, teniente —dijo.

—Bueno, uno tiene rapidez de reflejos —sonrió Dart—. Me

extrañó ver que la ventana lateral de la furgoneta no tuviese cristal y sí unas cortinillas. Entonces vi asomar un tubo y me tiré de cabeza al jardín. Presentí que el asesino apuntaba al interior de la casa.

—Fue una acción inteligente, no cabe duda. ¿Han averiguado algo más?

—Tenemos la descripción de la furgoneta, pero no su matrícula —contestó Rattigan—. Dart no tuvo tiempo de verla, aunque sí se fijó en el nombre de la supuesta empresa de reparto. Todas las patrullas tienen ya los datos relativos al vehículo.

—Es extraño —comentó la joven—. Esta vez parecía que el asesino sólo quisiera atacar al jefe de un equipo. ¿Por qué?

—Algo gordo se cuece y no sabemos qué puede ser —rezongó Dart—. Ya sabemos que SWAT no goza de demasiadas simpatías en algunos medios, pero hasta ahora, nadie se había atrevido a atacarnos de forma tan directa.

—Hemos de descartar los motivos de un amante celoso —dijo Rattigan—. Esos ataques van dirigidos directamente contra vosotros.

Dart asintió.

—Estoy de acuerdo contigo, Harry —dijo—. Sargento —se dirigió a la joven—, le agradezco mucho el interés que ha demostrado por mí.

Penélope sonrió ligeramente.

—También tengo interés en mi departamento —contestó—. Oiga, su casa ha quedado hecha una ruina. Tendrá que buscar alojamiento en otra parte.

—Dart dormirá esta noche en la habitación de huéspedes de mi casa —dijo Rattigan.

—Oh, es una lástima. Yo iba a hacerle un ofrecimiento semejante.

—Sargento, eso se dice antes —exclamó Dart.

Penélope sonrió.

—Le advierto que no vivo sola —contestó.

Un sargento se acercó en aquel instante y se dirigió a Rattigan.

—Teniente, informan que han encontrado ya la furgoneta. El rótulo de los costados era adhesivo meramente. Debajo estaba el letrero auténtico de la compañía a la cual fue robada hace un par de días, hecho del que ya dieron cuenta oportunamente. He pedido que

envíen allá los expertos en huellas dactilares. En cuanto a los patrulleros que encontraron la furgoneta, están interrogando a los vecinos, para obtener datos sobre el conductor, que ha desaparecido.

—Está bien, sargento, muchas gracias —contestó Rattigan.

Un hombre salió en aquel momento, con un pañuelo en las manos. Había algunos fragmentos de metal en el lienzo.

—Restos de la bomba —dijo.

—Llévenlos al laboratorio inmediatamente —ordenó Penélope.

—Sí, sargento.

Rattigan miró a su amigo y movió la cabeza.

—Dart, ¿a quién diablos ha declarado la guerra a SWAT?

—No lo sé, pero te aconsejo empieces a revisar las carpetas de todos los casos, de todos los SWAT de Los Ángeles. Hay alguien, o quizá algunos, a quien hicimos polvo un golpe y trata de tomarse el desquite, aparte de buscar nuestra desmoralización para acciones sucesivas —contestó el teniente.

—Yo estoy de acuerdo con usted —dijo Penélope—. Y creo lo mismo que el señor Rattigan: se trata de una declaración de guerra.

—Bueno, la frase conecta sería estado de guerra, sin declaración previa —puntualizó Dart—. Aunque los efectos, desde luego, son los mismos.

Volvió la cabeza hacia el interior de la casa y torció el gesto.

—Voy a dejarme aquí todos los ahorros —rezongó.

—¿No lo tenías asegurado? —preguntó Rattigan.

—Tendré que consultar la póliza. Estoy seguro de que no preveía destrucciones originadas por la explosión de una granada de «bazooka».

—No es una granada de «bazooka» —corrigió Penélope.

—Lo mismo da —dijo Dart, malhumoradamente—. Los electos son idénticos. Cuando una fiera muerde, el nombre no importa: lo que importa es la potencia de sus mandíbulas.

Rattigan sonrió, a la vez que daba una palmada en el hombro de su amigo.

—Estás vivo y eso es lo que interesa verdaderamente —dijo.

Todos los miembros del grupo de Dart se sentían consternados a la mañana siguiente por lo sucedido la víspera. Aunque estaban habituados a situaciones difíciles, y entrenados para hallar una

solución, aquélla era completamente nueva para ellos.

Era la primera vez que alguien atacaba directamente a SWAT. Los componentes del grupo eran plenamente conscientes de que se trataba de un auténtico estado de guerra, con la desventaja para ellos de que no conocían a su adversario, mientras que éste sí les conocía y no solamente de un modo general, sino particular, como lo demostraba el atentado sufrido por el teniente Dart.

Mientras el jefe del equipo trabajaba en su despacho, los demás comentaban lo sucedido en las horas precedentes.

—Sería cuestión de investigar a quién hicimos «pupa» en los últimos tiempos —dijo el sargento Stevens.

—Tal vez los atracadores del Pacific Bank —sugirió *Hooligan*.

—Es probable —convino Blade—. La cuadrilla estaba dirigida por un *exmarine*, que había sido comando en Vietnam. Un tipo muy inteligente, que planeó una auténtica operación de gran estilo, pero que fracasó en el último momento, por la inesperada reacción de uno de los empleados del Banco.

Dart salía en aquellos momentos y oyó las palabras de Blade.

—Es posible —dijo—. McGarry y su cuadrilla tenían ya medio millón en los sacos, pero aquel empleado aprovechó un pequeño descuido, justo en el momento en que pasaba un coche de patrulla y rompió una de las vidrieras con un enorme cenicero.

Recordaba muy bien el incidente. Al ruido del cristal roto, el conductor del coche que aguardaba a los atracadores en la puerta, había escapado, dejando colgados a sus compinches. McGarry, el exsoldado, había tomado entonces como rehenes a clientes y empleados del Banco. Dart y su grupo habían solucionado el caso con su habitual pericia y sangre fría, evitando daños a los rehenes. McGarry había resultado herido, y al ser conducido al hospital, había jurado tomarse desquite. Su herida no era de excesiva gravedad, por lo que, dos semanas más tarde, se había escapado del hospital. Hasta el momento, no se tenían noticias de McGarry ni se había hallado el menor rastro.

Stevens citó también un par de casos, cuyos protagonistas delincuentes podían haber quedado resentidos contra SWAT. Sin embargo, ninguno de los mencionados parecía capaz de utilizar un lanzagranadas.

McGarry era el que se llevaba todas las apuestas, decidieron

finalmente los miembros del grupo.

De pronto, sonó el teléfono. Cawndy levantó el aparato y dijo:

—SWAT de Sierra.

—Atraco a la joyería Mendelsohn, Sunset, ochocientos noventa y cinco. Dos hombres han quedado en el interior y tienen al dueño y dos empleadas como rehenes.

—Enterado —dijo Cawndy, que había ido escribiendo en una hoja de papel, a medida que recibía el aviso—. Una nueva tarea, teniente —anunció, después de dejar el teléfono en su sitio.

Dart se dirigió hacia la puerta.

—Actuaremos lo mismo que en el caso del japonés loco —dijo.

CAPÍTULO IV

La policía había establecido un amplio cordón en semicírculo, alrededor de la joyería. Había coches patrulla por todas partes cuando llegó el equipo de SWAT, precedido por su jefe en su automóvil particular.

—Los ladrones no quieren entregarse —informó el sargento que mandaba la fuerza—. Piden un coche rápido y garantías de que les dejarán marchar sin causar daños.

—¿Son conocidos? —preguntó Dart.

—Los testigos dicen se trata de dos hombres muy jóvenes. Uno de ellos parece terriblemente excitado. Es probable que esté drogado —contestó el sargento.

Dart hizo una mueca. ¿No habría alguna manera de acabar con aquella plaga que eran las drogas y el vicio que acarreaban consigo?

Sus hombres aguardaban órdenes. Dart, con el megáfono, se situó tras un coche de patrulla, frente a la joyería.

—¡Habla la policía! —dijo—. Tiren las armas y salgan con las manos en alto. No se les causará el menor daño, puedo garantizarlo.

Una mano armada asomó por la puerta de la joyería. El revólver escupió un par de estampidos.

—¡Ésta es nuestra respuesta! —Se oyó una voz chillona—. Queremos un coche rápido y les damos solamente quince minutos. Pasado ese tiempo, mataremos al dueño. Luego, cada cinco minutos, dispararemos contra las dos empleadas.

Dentro del local oyeron chillidos femeninos, que expresaban un verdadero pánico. Dart se sintió momentáneamente descorazonado.

La joyería no tenía salida posterior. Cualquier acción que se efectuase, tendría que ser frontalmente. Los frustrados atracadores les verían, y no le cabía la menor duda, serían muy capaces de asesinar a sus rehenes.

Blade se situó a su lado, con la pistola lanza gases.

—Creo que tendremos que ahumarlos, teniente —dijo a media voz.

—No quedaría tiempo para atacar. Empezarían a disparar apenas vieses el primer chorro de humo.

Una voz llegó desde la joyería.

—¡Han pasado ya dos minutos! ¡Quedan trece!

Dart entornó los ojos, tratando de captar imágenes del interior de la joyería. Vagamente, entrevió al dueño y sus dos empleadas, en un rincón, vigilados por uno de los atracadores, en cuya mano brillaba el metal de un arma.

—¡Vamos, decídanse de una maldita vez! —gritó el atracador que estaba junto a la puerta—. Recuerden que el tiempo pasa...

De pronto, Dart se fijó en un detalle.

El revólver temblaba visiblemente, cosa perceptible aun desde la distancia del ancho de la calle.

—Ese chico necesita una dosis —murmuró.

—Por eso, seguramente, intentó atracar la joyería —dijo Blade.

Dart meditó un momento. Luego sacó el transmisor de radio.

—Link, ven aquí con tu rifle de precisión. No dispaes hasta que te dé la orden.

—Está bien.

—Mitch, reúnete conmigo cerca de la puerta de la joyería, hacia el lado sur, bien pegado a la pared.

—Enterado.

—Morris, vigila atentamente el interior del local. Tenme continuamente informado de lo que sucede.

—O. K., jefe.

Agachado, con el altavoz en una mano y el fusil en la otra, Dart corrió paralelamente a la otra acera, hasta salirse fuera del campo visual del atracador de la puerta. Cruzó luego a la carrera y alcanzó la pared.

—¡Quedan diez minutos! —chilló el ladrón.

Dart y *Hooligan* se reunieron a cuatro o cinco metros de la puerta. El teniente habló con la boca pegada al oído de su subordinado. *Hooligan* asintió en silencio.

Luego, Dart usó la radio de nuevo:

—Link, ¿ves bien al atracador del interior?

—Sí, teniente.

—¿Cómo está?

—Muy tranquilo, parece, con el revólver hacia los rehenes. Le tengo bien enfilado en la mira.

—¿Puedes apuntar bajo?

—Sí, desde luego.

—De acuerdo. Espera hasta que oigas un grito por el altavoz.

—Entendido.

Cuidadosamente, Dart dejó el fusil y el megáfono en el suelo, acucillándose a continuación. Luego sacó de uno de sus bolsillos una hoja de papel y la dobló de una forma peculiar. A su lado, el gigantón, con el fusil a punto, contemplaba cuidadosamente las operaciones que realizaba su jefe.

Al cabo de unos segundos, Dart se incorporó de nuevo, con el altavoz en la mano izquierda. *Hooligan* dejó su fusil apoyado en la pared.

—¡Quedan siete minutos! —aulló el atracador de la entrada.

Stevens llamó a través de la radio:

—Teniente, adentro todo sigue igual —informó.

Dart hizo un gesto de asentimiento. Luego, junto a *Hooligan*, paso a paso, se acercó a la puerta, en completo silencio.

La hoja de papel había sido doblada de forma que pareciese contenía una dosis de droga. De pronto, Dart la arrojó hacia adelante.

El ladrón vio la papeleta y sus ojos se desorbitaron un instante. Alguien le proporcionaba lo que más necesitaba en aquellos momentos. Todos los demás sentimientos desaparecieron de su ánimo en una fracción de segundo, absorbidos por la vehemencia del ansia que le devoraba. Olvidado por completo de sus propósitos, dio un paso hacia adelante, se inclinó y alargó una mano hacia el papel.

En el mismo instante, otra mano, enorme, se apoderó de su muñeca. *Hooligan* tiró con todas sus fuerzas. El atracador lanzó un chillido de angustia al sentirse volar por los aires.

Dart emitió un bramido por el altavoz. El ladrón que vigilaba a los rehenes volvió la cabeza instintivamente, durante un segundo.

—¡Manny! —chilló, al ver que su compinche había desaparecido de la puerta.

En el mismo momento, sintió un terrible latigazo en la cadera

izquierda. Lanzó un grito y cayó de costado, vomitando espantosas imprecaciones.

Blade y Stevens corrían velozmente hacia el atracador de la entrada, que intentaba levantarse, mientras emitía liases incoherentes. *Hooligan*, descuidándose del sujeto, irrumpió como un huracán en la joyería. El otro atracador, aún caído en el suelo, intentó levantar el revólver, pero en aquel instante, recibió el impacto de noventa kilos de carne y huesos. Gritó un poco y se desvaneció.

Hooligan se apoderó del arma y se levantó de un salto. El herido había perdido el conocimiento.

Fuera, Stevens y Blade habían conseguido poner las esposas al otro sujeto, que se debatía como un poseso. Dart asomó a la joyería.

—¿Mitch? —llamó.

—Todo en orden, jefe —rió el gigante—. Las chicas están un poco asustadas, claro. El fulano está herido, pero saldrá adelante.

Dart emitió un suspiro de alivio. La cosa había sido difícil.

Agentes de uniforme empezaron a actuar. Un sargento se acercó a Dart.

—Es la primera vez que veo pescar a un atracador con un cebo semejante —declaró.

—Ese pobre muchacho necesitaba la droga más que cualquier cosa en este mundo —contestó Dart, sombríamente—. Deberían ahorcar al que le inició en ése; abyecto vicio.

—Estoy de acuerdo con usted, señor.

Un sanitario de la policía atendía ya al herido. Otros agentes se llevaban al drogadicto. Dart y sus hombres volvieron a reunirse.

—A casa, muchachos —dijo Dart—. Ha terminado la acción.

—Y empieza la sesión de burocracia —exclamó Stevens, pensando en los documentos que sería preciso redactar para el informe de lo sucedido.

A media tarde, Dart recibió una llamada telefónica:

—Soy Briant. Tengo noticias para usted, teniente.

—Encantado de oírla, sargento. ¿De qué se trata?

—Es una pista sobre la dinamita, pero me gustaría comentarlo con usted personalmente, cuando termine su servicio.

—Bien, proponga un lugar de reunión.

—No será necesario; yo misma iré a buscarle en mi coche. ¿Le

parece bien?

—¡Magnífico! —exclamó Dart, impulsivamente.

Hooligan y *Cawndy* cambiaron una mirada maliciosa.

—El teniente y la sargentoooo... —cantó el primero con su tremendo vozarrón, como si fuese un tenor de ópera.

—Son amigos y no mientoooo... —continuó *Cawndy*, con voz aflautada.

—Ella es lista y precisoaaaa...

—Tan bonita como una rosaaaa.

—Y se marchan de paseooooo.

—A iniciar un devaneooooo...

—Será mejor que os calléis —rezongó Dart, con aparente mal humor—. Se trata de un asunto oficial. ¿Estamos?

—Estará usted, porque nosotros... —dijo *Cawndy*, socarrón.

Blade atendió en aquel momento una llamada telefónica.

—Para usted, teniente —dijo, segundos después.

Era *Rattigan*.

—Dart, el atracador drogadicto es *Manny Simón* —informó—. El sargento *Álvarez* ha hablado con él. *Manny* le ha dicho que vio a *McGarry* hace menos de una semana.

—¿Qué diablos tienen que ver el uno con el otro? *McGarry* es lo suficientemente listo para no mezclarse con drogadictos.

—Muchacho, hasta el más listo comete errores de vez en cuando —dijo *Rattigan*, filosóficamente—. El caso es que *Manny* quiso atracar la joyería para hacerle un favor a *McGarry*. Éste le había prestado un buen puñado de dólares hace tiempo y ahora, por lo visto, está sin blanca.

—No acabo de entender la relación...

—Lo comprenderás mejor cuando sepas que *Manny* y *McGarry* tenían que encontrarse hoy en determinado lugar, que todavía ignoramos. *McGarry* llamaría a *Manny* cuando éste hubiese terminado su «trabajito», pero como la cosa ha salido mal, es obvio que la llamada se perderá en el vacío.

—Según lo mires, *Harry*.

—¿Cómo?

—Tú sabes ahora dónde iba a recibir *Manny* una llamada telefónica. Ve a ese sitio y espera, es sencillo.

—Ya lo había pensado, pero es que temo que *McGarry* haya oído

las noticias por la radio...

—Puede ser que sí, puede ser que no. Trata de correr el riesgo. De todos modos, no vas a perder nada.

—Está bien.

—Y ten cuidado. McGarry es un verdadero experto en armas de fuego.

—No lo olvidaré ni por un momento. Adiós.

Dart dejó el teléfono en su sitio. Stevens y los demás le miraron inquisitivamente. Cuando su jefe hubo relatado lo que sabía, Stevens dijo que resultaría conveniente hallarse en las inmediaciones de Rattigan en el momento en que recibiese la llamada telefónica.

—Lo siento, pero yo no puedo ir; tengo un compromiso con la sargento Briant —dijo Dart.

Blade alzó una mano.

—Iré yo, teniente —se ofreció.

—Procura ser discreto —aconsejó el teniente.

CAPÍTULO V

El coche, un hermoso descapotable color amarillo paja, se detuvo frente a la comisaría. Penélope iba al volante, ataviada con una blusa azul y falda blanca. Un pañuelo de color amarillo, muy fuerte, ceñía sus cabellos y quedaba anudado bajo el mentón de delicado trazado.

—Eso es un sargento y no lo que tenemos aquí —dijo Cawndy, en la puerta, junto a los demás.

—Si lauviésemos a ella, en lugar de Morris, los forajidos se rendirían siempre a la primera —exclamó *Hooligan*, riendo atronadoramente, como era su costumbre.

Dart se sentó junto a la conductora.

—Sus hombres me miran como si fuese un bicho raro, teniente —se quejó ella.

Dart volvió la vista hacia la acera. Stevens y los otros tres estaban en hilera, a dos pasos de la puerta del edificio.

—Mírelos como si fueran fieras del Zoo y dejará de sentirse incómoda —contestó maliciosamente.

Ella pisó el acelerador.

—Sí, son un poco fieras —convino—. Han tenido un día movido, me parece —añadió.

—Un atraco con rehenes. Casi es el pan de cada día, sargento.

—Usted hizo picar a uno de los atracadores, con una supuesta papeleta de droga.

—Bueno, me di cuenta de que uno de los motivos del atraco era proporcionarse fondos para satisfacer su vicio. Al pobre le temblaba la mano de tal modo, que era preciso ser ciego para no advertirlo. Cuando vio el papel, se olvidó de todo.

—Ingenioso —calificó la sargento—. Bien, ¿le parece que hablemos del asunto de la dinamita?

—Soy todo oídos —accedió Dart.

—Las investigaciones nos han llevado hasta una empresa de obras públicas —explicó Penélope—. Como comprenderá, hemos investigado en todos los sitios donde podía haber existencias de dinamita, pero solamente en esa compañía se supo que había sido sustraída una importante cantidad de explosivo. Hablé personalmente con el gerente y me indicó un sospechoso.

—Sin duda, un tipo que quiso ganarse un sueldo extra.

—Efectivamente, pero con la agravante de que era uno de los encargados del almacén de material. Ya se sospechaba de él por otros hechos nada acordes con los intereses de la compañía. Ayer no se presentó a trabajar. Al hacer un inventario, se echó en falta nada menos que una caja de dinamita.

Dart se estremeció.

—Diríase que alguien fabrica sus propias granadas —exclamó.

—Eso es lo que pensamos en Coordinación, sobre todo, después de saber que el material empleado para la fabricación de esas granadas es simple tubería de hierro, de la que se utiliza para canalizaciones y demás, muy resistente, debido a las altas presiones que debe soportar en ocasiones. El diámetro interior de la tubería es de tres pulgadas, o sea, siete centímetros y sesenta y dos centésimas. El grueso es de un centímetro. La longitud de la granada, con la parte destinada a la carga de proyección, es más o menos la de una granada auténtica.

—Es decir, un proyectil de artesanía.

—Sí, aunque realizado con singular esmero, como lo demuestra la rosca interior que se supone sirve para atornillar la cabeza donde se coloca la espoleta de percusión.

Dart entornó los ojos.

—¿Qué dicen los técnicos a ese respecto? —preguntó—. ¿Cómo se puede hacer estallar una carga de dinamita, cuando no se cuenta con una espoleta adecuada?

—Es muy sencillo, absurdamente sencillo, porque se encontró un clavo de cuatro milímetros de grueso. Es casi seguro que el clavo atravesaba un simple tapón de corcho, situado en la proa del proyectil. La punta del clavo, casi con toda seguridad, se apoyaba en un vulgar fulminante de los que se emplean para hacer detonar la dinamita. O quizá en el fulminante de un cartucho de arma de fuego, aunque no se sabe si desprovisto del proyectil. En cualquiera

de los dos casos, la deflagración de esa espoleta casera provocará indefectiblemente la explosión de la carga destructora.

—¿Y el sistema de proyección? Porque la granada debe ser disparada con un gran impulso inicial. Por muy casera que sea su construcción, no podemos recurrir al procedimiento del muelle, como en los fusiles submarinos.

—Los técnicos siguen investigando sobre el particular. Mientras no encontremos el tubo lanzagranadas, no podremos hacer ninguna afirmación al respecto.

Dart sacó un cigarrillo y se lo puso entre los labios.

—Estamos en un mundo lleno de desequilibrados —murmuró con acento lleno de pesimismo.

—No cabe la menor duda de que es así —convino la joven—. Demasiada civilización, demasiada tecnología... Las personas se deshumanizan, ambicionan lo que no tienen y quieren conseguirlo a cualquier precio... A veces me pregunto si no sería mejor una regresión al estado primitivo.

—Oh, eso ya lo han intentado muchos. ¿No ha oído hablar de las comunas de *hippies* y demás ralea? Se marchan a lugares donde viven primitivamente, abominando de la civilización y de las máquinas y de los adelantos técnicos. Comen alimentos completamente naturales y viven prácticamente como en la Edad de Piedra, sin querer la menor relación con los seres que estamos amarrados a este género de existencia.

—Así viven felices, teniente. No necesitan nada... y se niegan a pagar impuestos y hacer el servicio militar.

—Pero en cuanto a uno de ellos le duele un poco la tripita, corren desalados en busca de esos adelantos técnicos que tanto detestan, en forma de hospitales, cirujanos, enfermeras y anestesia para sajar un grano minúsculo e inofensivo, sin tener siquiera la paciencia de esperar a que madure por propia naturaleza. Sí, la vuelta al estado primitivo... pero con el hospital a cuatro pasos de distancia, por si acaso. Eso se llama hipocresía, me parece.

Penélope sonrió.

—Bajo ese punto de vista, tiene usted razón —dijo—. Ah, ya estamos llegando. El tipo se llama Martin Warren. Será preciso tener cuidado con sus reacciones, teniente.

—De acuerdo, pero deje que vaya yo en vanguardia —pidió Dart

—. Modestia aparte, tengo más experiencia que usted en estos asuntos.

—No hay objeción.

Penélope detuvo el coche. Dart estudió la casa de una sola planta, de aspecto modesto, rodeada por un pequeño jardín, no demasiado bien cuidado. Al cabo de unos instantes, abandonó el coche, tocando maquinalmente la culata del arma que llevaba en la funda sobaquera, oculta por la cazadora.

Ella le siguió a través del sendero central. Dart llegó a la casa y la hizo situarse a un lado de la puerta. Luego tocó el timbre.

Nadie contestó a la llamada. Dart insistió, sin obtener el menor resultado.

—Tal vez no esté en la casa —apuntó ella.

Dart asió el pomo de la puerta y lo hizo girar. Empujó un poco.

—No está cerrada con llave —dijo a media voz.

Abrió del todo. Un tenue olor llegó en el acto a su pituitaria. Era pólvora deflagrada.

Avanzó un par de pasos más. De pronto, Penélope a sus espaldas lanzó un gemido al ver los pies de un hombre, tendido en el suelo, al otro lado de un diván.

Dart saltó hacia adelante. Tuvo bastante con una sola mirada, para saber que el dueño de la casa estaba muerto. El proyectil le había alcanzado entre las cejas. La sangre estaba todavía fresca.

Guardó el revólver y se arrodilló junto al caído. La casa estaba cerrada, de ahí que el olor a pólvora no se hubiese disipado todavía. Tocó la mejilla del muerto: aún se percibía cierta tibieza.

—Ha debido de morir hace un cuarto de hora, veinte minutos todo lo más —dijo—. Sargento, tome este pañuelo y úselo para no dejar sus huellas sobre las del teléfono. Llame una ambulancia.

—Está bien —contestó ella, ya más rehecha de la sorpresa.

Dart examinó someramente el escenario del crimen, procurando en todo momento no apoyar las yemas de sus dedos sobre una superficie lisa. Oyó el ruido del teléfono al apoyarse en la horquilla y se volvió hacia la joven.

—¿Cómo se encuentra, sargento?

—Impresionada —contestó ella—. A decir verdad, mi trabajo se desarrolló siempre en oficinas...

—Nunca es agradable ver un cadáver —dijo Dart,

sentenciosamente.

Y en aquel momento, sonó una voz en la entrada.

—¡Eh, Martin! ¿Puedo pasar?

Dart se volvió velozmente. El individuo que acababa de hablar les miró con suspicacia desde el umbral.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó, suspicaz—. ¿Qué hacen en casa de mi amigo el señor Warren?

Dart estudió durante unos segundos al individuo Era de mediana edad, algo más de cincuenta años, y tenía el pelo casi blanco. Los ojos, muy azules, estaban situados tras unos anticuados lentes con montura de acero. En aquellos momentos, vestía una camisa de sarga y pantalones de peto. En sus manos se veía un trozo de madera torneada.

—Soy el teniente Dart, de la policía de Los Ángeles. —Enseñó su billetera—. Ella es la sargento Briant hemos venido a esta casa para hacer unas preguntas a su dueño. Pero lo hemos encontrado muerto.

—Asesinado, para ser exactos —agregó Penélope.

El hombre vaciló.

—Oh, Dios, no puede ser verdad.

Dart se apartó a un lado.

—Ahí lo tiene —dijo—. ¿Quién es usted?

Hubo un instante de silencio. Penélope sintió cierta simpatía hacia aquel individuo, que parecía terriblemente afectado por el espectáculo de su amigo muerto.

—Siéntese —dijo la joven, acercándole una silla.

—Gracias, señorita —contestó el hombre, evidentemente muy conturbado—. Es... es horrible... Hoy mismo, a mediodía, estuve charlando con el pobre Marty Se llamaba Martin, pero yo le decía Marty. No acabo de creer lo que sucede.

—¿Era usted amigo suyo, señor? —preguntó Dart.

—Sí, bastante amigo. Ah, me llamo Grogan, Reginald Grogan, pero todos me dicen Reig... —Levantó el trozo de madera que tenía en las manos—. Estoy retirado, pero tengo un tallercito en mi casa. Soy muy aficionado a los trabajos caseros, ¿saben? El pobre Marty tenía una butaca muy antigua y se le rompió una pata Yo me ofrecí a tornearle una nueva y ahora venía a traérsela. Oh, señor. Señor, qué desgracia tan terrible.

—Señor Grogan, nosotros habíamos venido a hacerle unas preguntas a su difunto amigo, pero lo hemos encontrado muerto —dijo el teniente—. Necesitaremos su colaboración...

—Por supuesto —respondió Grogan—. Pregunten todo lo que quieran, no hay nada que ocultar. Marty era un hombre honrado, puedo asegurárselo.

—En la empresa donde trabajaba, opinan todo lo contrario —dijo Dart—. ¿Sabía usted si tenía dificultades con sus jefes?

Grogan meneó la cabeza.

—No, nunca me dijo nada al respecto. ¿Qué clase de dificultades, teniente?

—Robo de materiales.

—Imposible. Marty era un hombre fundamentalmente honrado. Él no habría hecho una cosa semejante. Y aunque lo hubiera hecho, ¿era tan importante como para pegarle un tiro?

—Al parecer, así resultó ser —contestó Dart.

Un coche de patrulla se detuvo en aquel momento ante la entrada. Dart hizo un gesto con la cabeza y Penélope salió al encuentro de los policías.

Grogan puso el codo en uno de los brazos del sillón para apoyar la cabeza en la mano.

—Me siento terriblemente aturdido... Ha sido un tremendo golpe.

Se oyó la sirena de la ambulancia. Dart hizo una pregunta:

—¿Vive muy lejos, señor Grogan?

—No, en la calle contigua, por la parte trasera... Cuando venía a visitar a mi amigo, utilizaba la puertecita posterior, pero ahora estaba cerrada con llave... Por eso tuve que dar la vuelta...

Otro coche policial se detuvo. Dos hombres de paisano se apearon del vehículo.

—Ahí viene el sargento Crowlin —anunció Penélope.

Crowlin entró en la casa, contempló el cuerpo inerte y luego se volvió hacia Dart.

—Ustedes descubrieron el cadáver, teniente.

—Así fue, sargento. Cuando llegamos, no hacía mucho más de un cuarto de hora que se había producido la muerte. —Dart bajó la voz—. ¿Recuerda el ataque al furgón de SWAT del teniente Steiner?

—¿Quién puede olvidarse de una cosa semejante, señor? —

respondió Crowlin, amargamente—. También a usted le dispararon una granada antitanque...

—Se sospecha que son proyectiles de confección casera, cuya carga explosiva es dinamita. El muerto trabajaba en una empresa de obras públicas, de la que había sustraído recientemente una caja de dinamita.

Crowlin silbó.

—Empiezo a sospechar la verdad —dijo.

—Sí, yo también pienso lo mismo, sargento. Alguien convenció a Warren para que le entregase una cierta cantidad de ese explosivo, en lugar de comprarlo, lo que habría podido dejar una pista fácil de seguir. Y una vez eliminado Warren, ya no hay más pistas.

—Endiabladamente sencillo —comentó Crowlin.

—Pero también endiabladamente complicado —respondió Dart.

Abandonaron la casa minutos más tarde. Penélope se sentó en el coche y puso ambas manos sobre el volante.

—Teniente, ¿qué opina del asunto? —preguntó, sin hacer el menor ademán por dar el contacto.

—En primer lugar, ¿por qué no hace como mis colegas? La mayoría me llaman Dart, aunque si lo prefiere, puede llamarme Lew. Pero si le gusta mantener las distancias...

—Oh, qué tonto —sonrió ella—. Usted puede llamarme Penny, pero conteste a mi pregunta, por favor.

—En el caso de Warren hay dos soluciones, con un mismo final. No cabe la menor duda de que proporcionó la dinamita al fabricante de granadas antitanques. Pudo hacerlo por dinero, pero quizá pensó luego que era poco y amenazó con denunciarlo, si no le pagaba más... y el asesino juzgó conveniente eliminar ese riesgo. La otra solución coincide en el final, aunque no en el asunto de la supuesta recompensa. El asesino pudo engañar a Warren, tal vez por una supuesta amistad, y luego supo acaso que Warren tenía dificultades con su compañía. Tarde o temprano, nosotros investigaríamos y llegaríamos a Warren, quien quizá asustado por las terribles consecuencias de su acción, podría delatarlo. Se mire como se mire, la única salida del fabricante de granadas, si como parece estaba relacionado con Warren, era el asesinato.

—Los vecinos no han oído nada ni visto a ningún sospechoso.

—Entrar en una casa como la de Warren es fácil y más si se ha

dejado el coche a cierta distancia. Y un hombre que es capaz de fabricar granadas antitanque ¿no va a tener la suficiente inteligencia como para usar un silenciador?

Penélope asintió, a la vez que hacía girar la llave de contacto.

—Estoy plenamente de acuerdo con usted, Dart —declaró—. Pero le diré una cosa.

—Claro. Hable.

—El cazador de tanques es un individuo terriblemente peligroso y absolutamente desprovisto de escrúpulos. No deje de tenerlo en cuenta ni un solo instante.

Dart asintió gravemente.

—Lo tendré en cuenta —respondió.

CAPÍTULO VI

—Fracasamos —dijo Elmo Blade a la mañana siguiente.

Dart le miró de hito en hito.

—Cuenta, muchacho —pidió.

—El teniente Rattigan acudió al bar en el que Manny Simón debía recibir la llamada telefónica. Efectivamente, McGarry llamó y Rattigan se hizo pasar por Manny, hablando incluso con un poco de acento chicano. Pero McGarry no picó y no acudió al lugar concertado para la entrevista.

Dart entornó los ojos.

—¿En dónde debía recibir Manny la llamada telefónica? —preguntó.

—En el teléfono público de un bar llamado Zapata's, calle Bernáldez, mil setecientos treinta. Hay una cabina a veinte metros de distancia, pero no la usó ningún individuo medianamente parecido a McGarry.

—Zapata's —repitió Dart, pensativamente—. Calle Bernáldez... Elmo, ¿no se te ocurrió pensar en la pensión que se denomina con demasiado optimismo hotel de las Rosas?

—No conozco ese hotel, teniente —contestó Blade.

—Está justamente frente al Zapata's, al otro lado de la calle. Desde las ventanas de la fachada anterior se puede ver con absoluta claridad quién entra y sale de ese tugurio.

Blade se dio una palmada en la frente.

—¡Por todos los...! McGarry estaba en el hotel y vio entrar al teniente en el Zapata's. Hizo la llamada a la hora convenida, comprobó que era un engaño y no acudió a la cita.

Dart alargó la mano hacia el teléfono.

—Eso es lo que sucedió, sin duda alguna. Pero ahora tenemos cierta ventaja sobre McGarry: sabemos que está sin blanca y buscará dinero por todos los medios. No me extrañaría que esta vez

cometiese un nuevo atraco, sin persona interpuesta y... ¿Central? Soy el teniente Dart, de SWAT de Sierra. Por favor, envíen una patrulla al Hotel de las Rosas, calle Bernáldez, justo frente al Zapata's. Investiguen la posible presencia como huésped de un individuo llamado Nolan McGarry...

Colgó después de dar la descripción del sospechoso y juntó las yemas de los dedos.

—Quizá tengamos que descartar a McGarry como sospechoso, aunque no lo eliminaremos por completo de la lista —añadió pensativamente—. Era un hombre muy hábil con toda clase de armas y resentido contra nosotros.

El sargento Stevens se acercó, con unos papeles en la mano.

—Dart, aquí tengo los resultados de la computadora, con respecto a los posibles sospechosos —dijo—. Hay uno que ha llamado mi atención, sobre todo, porque hasta ahora no había reparado en él.

Hooligan y *Cawndy* se acercaron, atraídos por las palabras del sargento. Stevens continuó:

—Apostaría algo a que te has olvidado del secuestro de la señora Carpenter, ¿ch?

Dart saltó en su asiento.

—El secuestrador a quien tuvimos que llamar señor X, porque no llegamos a conocer su identidad ni hemos vuelto a saber de él —exclamó.

—Exactamente, Dart.

Hubo un momento de silencio.

Todos recordaban claramente lo sucedido cuando una mujer muy rica fue secuestrada, para exigir un rescate por su devolución. El secuestrador había dado a su marido las instrucciones para entregar el medio millón que debía pagar por su esposa. Carpenter, pese a todo, puso el caso en manos de la policía y Dart y su equipo se habían encargado de rescatar a la mujer.

Las instrucciones del secuestrador indicaban el lugar y la hora en que había de ser entregado el dinero. Una vez lo hubiese recibido, el secuestrador diría la forma en que se debía liberar a la señora Carpenter, así como el sitio en que se hallaba.

La señora Carpenter se hallaba en un viejo edificio de las afueras, hacia las montañas, en una habitación, sentada en una silla,

firmente sujeta al suelo, y lógicamente, amarrada a la misma.

Frente a ella, y sobre un trípode, había una escopeta recortada de dos cañones, cargada con postas, a menos de seis pasos de distancia. El secuestrador había dejado dicho que se podía entrar en aquella habitación, que tenía dos puertas y dos ventanas, pero que cualquier intento de liberar a la señora Carpenter antes de recibir las instrucciones, provocaría el disparo de la escopeta.

Dart y sus hombres habían visto todo desde el exterior. El secuestrador, sin embargo, no había pensado en el piso superior, un desván que ni siquiera se utilizaba cuando la casa estaba habitada. Habían practicado un hueco en el suelo, que era el techo, por el que habían hecho descender una gruesa plancha de acero, que situaron a un paso de la escopeta. La plancha de acero, forrada de gruesa espuma, para evitar posibles rebotes de las postas, había absorbido sin dificultad los efectos del doble disparo, que se produjo cuando el sargento Stevens abrió una de las ventanas.

Dart lo recordó todo en una fracción de segundo y movió la cabeza afirmativamente.

—Sí, era un mecanismo diabólico, ingeniosamente concebido e imposible de anular, sin las instrucciones adecuadas —dijo.

—Al señor x le debemos medio millón de dólares y quiere cobrarlos en nuestros pellejos —comentó Cawndy burlonamente.

—Es un hombre muy capaz de construir un lanza granadas —dijo Blade.

Stevens agitó los papeles.

—Intentaremos seguir su pista de nuevo, aunque desde entonces no se han vuelto a tener noticias suyas —dijo.

—De todos modos, no dejes de estudiar a los restantes sospechosos. Y recuerda que McGarry también entra en juego, a pesar de todo.

Stevens asintió. El teléfono sonó en aquel momento. *Hooligan* levantó el aparato, escuchó unos momentos y volvió a colgarlo.

—Estaba en lo cierto, teniente. McGarry se alojaba en el Hotel de las Rosas y lo abandonó a las siete y media. Sin pagar, por supuesto —informó.

—Nosotros aguardamos hasta las siete —dijo Blade.

—Otra pista perdida —suspiró Dart.

De nuevo sonó el teléfono.

Esta vez era la sargento Briant.

—Dart, tengo algo para usted —dijo la joven.

—Adelante, sargento. —Delante de sus hombres, y por el momento, Dart no quería utilizar un tratamiento familiar con Penélope.

—El sargento Crowlin recibió una llamada de Grogan. Éste dice que ayer, aturdido por la muerte de su amigo, no pudo recordarlo, pero que esta noche, más calmado, pensó en algo que había visto aquella misma tarde, poco antes de que se cometiese el crimen. Grogan vio a un hombre joven en la puerta de la casa de Warren, un tipo alto, elegante y bien vestido. Se dio cuenta de que llamaba y que Warren lo recibía y lo hacía entrar en la casa, pero no pudo captar demasiados detalles, porque estaba un poco lejos.

—Sargento, la historia sería creíble, de no ser por un pequeño detalle —dijo Dart.

—¿Cuál, por favor?

—El desconocido, supuestamente asesino de Warren, llamaba a la puerta anterior. Grogan vive en la calle situada atrás...

—Es cierto, pero dice que había ido a echar una carta al buzón, que sí está situado frente a la casa de Warren. Bueno, no exactamente enfrente, sino unos treinta metros más abajo, pero desde allí hay una buena visibilidad.

—Oh, siendo así, se comprende —dijo el teniente—. ¿Algo más?

—No. Grogan regresó a su casa y no se preocupó más del asunto. Eso es todo. ¿Tienen ustedes alguna novedad?

Dart meditó unos instantes.

—Se lo diré cuando termine su turno —contestó al cabo—. Iré a esperarla, sargento.

Hooligan dio un codazo al pelirrojo Cawndy.

—El romance continúaaaa... —cantó a grito pelado.

—Y día a día se acentúa —contestó el otro.

Dart soltó un bufido.

—Como poetas y cantantes, sois dignos del cubo de la basura —exclamó, en medio de las risas de todos los presentes.

Las carcajadas se cortaron bien pronto, cuando Stevens recibió una llamada de la central:

—SWAT de La Brea ha sido atacado con lanzagranadas en la calle Bryce. No hay víctimas, aunque el vehículo blindado ha

sufrido serios daños. SWAT de La Brea dice que creen tener cercado al atacante y que necesita refuerzos.

—Iremos ahora mismo —contestó Dart.

Se levantó de un salto.

—De nuevo ha atacado el cazador de tanques —exclamó, a la vez que se dirigía hacia la salida a todo correr.

El furgón del otro equipo de SWAT estaba parcialmente atravesado en la calle e inclinado hacia el lado derecho. Detrás del vehículo había otro coche policial. Ambos servían de parapeto a varios agentes, algunos de ellos pertenecientes al grupo atacado con el lanzagranadas.

Antes de entrar en la calle, Dart se asomó personalmente. Al ver que no había riesgos, hizo que el camión reanudase el avance. De pie, en el estribo, viajó hasta hallarse a pocos pasos de los demás policías.

Stevens y sus hombres saltaron en el acto. Un oficial, equipado adecuadamente, salió al encuentro de Dart.

Era el teniente Boyd, de la comisaría de La Brea. Mientras sonreía ampliamente, alargó la mano para estrechar la del recién llegado.

—Bienvenido, Dart —dijo—. Nos hemos salvado por los pelos, pero lo tenemos acorralado.

—Parece una buena noticia —comentó Dart.

—¿Sólo lo parece? Yo y mis hombres estamos seguros de haber vuelto a nacer hoy.

—Anda, cuéntame cómo ocurrió la cosa.

Sant Boyd hizo un gesto de aquiescencia.

—Nos dieron aviso de un tirador en el tejado de ese edificio —señaló el almacén situado a sus espaldas—. Antes que nosotros había llegado un coche de patrulla y, efectivamente, fue recibido a tiros. La cosa, por tanto, no parecía ofrecer dudas; no era una llamada falsa, como en el case de Steiner. Entonces, cuando ya estábamos llegando, el tipo disparó su «bazooka».

—Os alcanzó, parece.

—Mi conductor es un tipo experimentado y tenía la mosca en la oreja, a pesar de todo. Vio asomar un tubo en una ventana y frenó de golpe, a la vez que viraba fuerte. Esto hizo que la granada quedase un tanto corta y, por su misma trayectoria parabólica y

descendente, explotó en la rueda delantera derecha. Al mismo tiempo, llegaba otro coche de patrulla por la trasera del almacén. Sus ocupantes aseguran que no ha salido nadie.

—Entonces, sigue ahí adentro. Bien, ¿qué me sugieres, Sam?

Boyd se volvió hacia el almacén, de dos pisos, con gran cantidad de ventanas acristaladas.

—Mira esa ventana, la del primer piso, donde no hay un solo vidrio. Desde allí se hizo el disparo —contestó—. Por supuesto, ya no ha vuelto a hacer más disparos, pero no podemos olvidar que tiene un arma.

—Esta vez traje consigo un rifle, a fin de hacer ver que la llamada era auténtica —observó Dart—. ¿Has estudiado bien el edificio?

—Sí. Hay una entrada por la parte posterior, donde tengo dos coches de patrulla a punto. En la fachada Oeste hay una escalera de incendios, que da a la azotea. He hablado con el dueño del almacén y me ha hecho un croquis del edificio.

—¿A qué destinan el almacén, Sam?

—Mercancías generales. Hay un guarda vigilando constantemente, pero no hemos tenido noticias suyas. Es probable que el asesino lo haya inutilizado... ¡y ojalá se haya contentado con darle un buen porrazo!

—Sería de desear —convino Dart pensativamente, mientras estudiaba el croquis que le había entregado su compañero. Al cabo de unos segundos, añadió—: Bien, tú has llegado el primero y, por tanto, eres el jefe. Empieza a tomar tus disposiciones.

—Había pensado en actuar por parejas, Dart...

Boyd explicó su plan. Dart lo encontró perfectamente aceptable.

Los dos equipos de SWAT se reunieron para estudiar el modo de actuar. Cinco minutos después, y en medio de una enorme expectación, se ponían en marcha.

Dart y *Hooligan* se situaron junto a la puerta principal del almacén, cuya llave les había entregado el propio dueño. *Hooligan* la insertó en la cerradura, abrió y luego empujó la hoja con violencia. No hubo respuesta alguna a su gesto.

Hooligan saltó al interior y corrió velozmente hacia la escalera que conducía al piso superior, seguido por Dart. Ambos llevaban los fusiles a punto. Por las ventas y por la azotea del edificio,

penetraban las restantes parejas de SWAT.

Dart y su acólito llegaron al primer piso, en donde abundaban las cajas de embalaje. En el techo se había abierto una claraboya, a través de la cual asomaban los cañones de un rifle.

El silencio era absoluto. Súbitamente, algo lo interrumpió.

El quejido de un hombre herido.

CAPÍTULO VII

Dart saltó hacia adelante. Al fondo, no lejos de la pared, había un hombre tendido en el suelo, con la cara en las manos. El individuo vestía una especie de uniforme. En la hombrera izquierda estaba la insignia, bordada en tela, de la empresa para la que trabajaba.

Dart se arrodilló a su lado.

—Amigo...

El guarda le miró torpemente.

—Ese hombre me atacó... Dijo que venía a recoger una mercancía. Trajo los documentos... Me pareció todo en regla...

—Mitch, llama a un médico —dijo Dart.

El vigilante hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo.

—No será necesario —manifestó—. Fue un buen porrazo, pero tengo la cabeza dura. Aunque al caer, me golpeé la boca contra no sé qué diablos...

Sacó un pañuelo y se limpió los labios. Los demás hombres de SWAT habían llegado también.

—El cazador de tanques ha desaparecido —dijo Dart—. Busquen por todas partes, muchachos.

—Con la mano derecha, ayudó al vigilante a ponerse en pie. El hombre sacudió la cabeza.

—¿Vio usted al tipo que le atacó?

—Sí, unos cuarenta años, fornido, de mediana estatura... No me fijé en el pelo ni en el color de sus ojos, aunque sé que era blanco...

Un hombre apareció de pronto, corriendo agudamente hacia el grupo.

—¡Tom! ¿Cómo se encuentra? —gritó.

Dart se volvió hacia el recién llegado.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—Edgar Countree, propietario de este almacén. Él es Tom

Barker, mi vigilante...

—Recibió un buen golpe en la cabeza, pero no ha sufrido otros daños —dijo Dart.

—Excepto los labios, que me los he machacado al caer —rezongó el vigilante, a través del pañuelo con que se cubría la boca—. Lo siento tantísimo, señor Countree —se disculpó—. Ese hombre... tenía las facturas en regla...

—Tom, no se preocupe y vaya a casa a descansar —dijo Countree—. Si quiere, puede tomar mi coche.

Barker meneó la cabeza.

—No será necesario —contestó—. Oficial, ¿me necesita para algo más?

—Me gustaría hablar con usted mañana. Vaya a la comisaría de Sierra, por favor —dijo Dart.

—Sí, señor.

Barker se frotó la cabeza con la mano derecha. *Hooligan* lo sostenía por un brazo.

—Llamaré un taxi, hermano —dijo—. Aunque, después de todo, usted no tiene por qué gastarse un centavo; para casos como el suyo, están los coches de la policía.

—Gracias —sonrió el vigilante.

Boyd llegó a los pocos minutos, con un rifle en las manos.

—El arma que sirvió de cebo —dijo—. Un «Winchester» vulgar, con evidentes señales de haber sido ampliamente utilizado. Lo enviaré al laboratorio, aunque estoy por sospechar que el asesino utilizó guantes desde el primer momento.

—Parece lógico —convino Dart—. Pero ¿qué hay del lanzagranadas?

—Ni rastro. Hemos examinado los cajones de embalaje, pero todos los que hay aquí están a punto de entrega y no se observa ninguna fractura en los precintos. Mis hombres están revisando ahora la planta.

—El tipo dijo que venía a recoger unas mercancías. Traería algún camión, una furgoneta...

—Hay una en la entrada posterior, pero sospecho que fue robada. Ya he encargado que lo comprueben.

—¿Cargar mercancías por la entrada posterior? Extraño, ¿no crees, Sam?

—Depende del volumen de la mercancía. Si sólo se trataba de un par de cajones vulgares, como los que sirven para embalar televisores, por ejemplo, resulta perfectamente explicable su utilización.

—Sí, creo que tienes razón. Bien, Sam, me parece que aquí estamos de más, a menos que opines lo contrario.

Boyd palmeó el hombro de su compañero.

—Gracias por la ayuda, Dart —sonrió.

—Ha sido un placer... Ah, y me alegro de que tengas un chófer con tan buena vista. Me dan ganas de sobornarle para que se venga a mi equipo.

Boyd se echó a reír.

—Ni lo intentes siquiera —exclamó alegremente.

Dart se reunió con sus hombres en la planta baja.

—Volvemos a casa, chicos —dijo.

—Con las manos vacías —masculló Cawndy.

—Ese hombre, ¿es también un fantasma o posee el secreto de la invisibilidad? —preguntó Stevens.

—Supo desaparecer a tiempo, y con gran habilidad eso es todo —respondió Dart—. Pero hay algo que no podemos poner en duda: el cazador de tanques sigue en guerra con SWAT.

Penélope salió del edificio y se encaminó directa mente hacia el coche que aguardaba a la entrada. Dan abrió la portezuela para que ella se sentase en el lado derecho y luego fue a ocupar su sitio tras el volante.

—Ya me he enterado del nuevo ataque —dijo la joven.

—Y del nuevo fracaso, por supuesto.

—Dart, para conseguir resultados es preciso suma fracasos.

—Pero no resulta agradable, Penny. Hoy se han sal vado cinco hombres por los pelos.

Ella reclinó la cabeza en el respaldo.

—Tuvo que resultar desagradable, en efecto. A propósito, ¿qué tenía que contarme, Dart?

—Estos ataques, opinamos, son obra de un resentido. Hemos consultado con la computadora y tenemos unos cuantos nombres de sospechosos. Uno de ellos es el secuestrador de la señora Carpenter. ¿Conoce el caso?

—Sí. ¿Por qué sospechan de él?

—Por la habilidad con que supo preparar su trampa.

—Pero ustedes supieron esquivarla.

—Lo cual es muy cierto. Él, sin embargo, no contaba con que el señor Carpenter llamase a la policía.

—Si preparó la trampa, es que esperaba algo semejante, Dart.

—Una simple precaución, como toman todos los secuestradores. Pero en este caso, actuaba aislado, en solitario... Como no podía dejar a un compinche para vigilar a la víctima, tuvo que recurrir al procedimiento de la trampa con la escopeta.

—Sí, eso lo explica satisfactoriamente. Pero si sospechan de ese individuo... ¿Cómo se llama?

—Aún no lo sabemos. Le hemos dado el nombre de señor x.

—Bien, lo que quería decir es que, si sospechan de él, debieran interrogar a la señora Carpenter.

—Entonces ya nos dijo todo lo que necesitábamos saber...

—Vuelva a verla, Dart. Tal vez entonces se le paso algún detalle por alto. El suceso estaba fresco y ella debía de sentirse aún muy afectada. Hable, trate de obtener detalles sobre la corpulencia del señor x, ademanes, tics, inflexiones de la voz, color de los ojos, si estaba enmascarado... No debe desdeñar la menor pista, por insignificante que sea.

—Seguiré sus consejos, Penny. Por cierto, aún no me ha dicho adónde vamos.

—A mi casa —contestó ella instantáneamente.

Dart respingó.

—Oiga...

Penélope se echó a reír.

—No tema que le tienda ninguna trampa —dijo—. Simplemente, mamá quiere conocerle y ha preparado cena para tres. Es decir, si no tiene objeciones que formular.

—Todo lo contrario —respondió él—. Me sentiré muy encantado de conocer a la señora Briant.

—Aún se sentirá más satisfecho de conocer su habilidad con los guisos —dijo la joven alegremente.

Edgar Countree volvió al almacén, subió al primer piso y contempló especulativamente los cajones de embalaje. La policía no había tocado nada, pero allí había algo que no cuadraba con lo que él conservaba en su memoria.

En alguna parte se había producido una alteración. Había estado la víspera vigilando en persona el embarque de una partida de televisores en color. Durante el día, el almacén había estado inactivo, por falta de pedidos.

Revisó con la mirada cuánto había en aquella planta. De súbito, encontró algo a faltar. Sin poder contenerse, levantó la mano y se pegó una bofetada a sí mismo.

—Imbécil de mí —murmuró.

Frente a la pared opuesta, había una doble pila de cajas de cartón. Countree buscó la carretilla, se sentó ante el sillín y la puso en marcha. Luego la hizo rodar suavemente hasta la pila de cajones, manejó los controles y retiró la primera pila.

Media puerta de un cuartito de aseo quedó al descubierto. Retiró la segunda pila y paró el motor. Luego avanzó hacia la puerta.

Cuando ponía la mano en el picaporte, oyó pasos. Giró en redondo y vio a un hombre que le apuntaba con un revólver provisto de silenciador.

—No... —chilló.

El revólver escupió un tenue fogonazo. Countree sintió un fortísimo dolor en el pecho, giró sobre sus talones y cayó de bruces.

Sin embargo, no había perdido el conocimiento. Aunque se sentía terriblemente asustado, pensando recibir el tiro de gracia de un momento a otro, procuró fingir una inmovilidad absoluta. Si podía engañar al asesino...

El asesino no le hizo el menor caso. Pasó por encima de él y abrió la puerta del cuarto de aseo. Sonrió al ver el hombre en paños menores, atado y amordazado. Al lado había una bolsa de lona de buen tamaño.

El vigilante le miró aterrado.

—No temas, amigo —dijo—. La cosa no va contigo. He tenido que disparar contra tu jefe, porque no me quedó otro remedio, pero no me gusta causar daño a gente que no me lo ha hecho a mí.

Agarró la bolsa y se irguió, acariciándose con gesto afectado el enorme bigote que adornaba su labio superior. Los ojos quedaban ocultos por unas grandes gafas oscuras.

—De todas formas, no puedo desatarte. Espero que sepas comprenderlo —se despidió.

Al quedarse solo, el vigilante empezó a arrastrarse por el suelo.

Countree hizo un esfuerzo y se sentó, con la mano izquierda sobre la herida.

—Tom... —jadeó.

Barker se sentó a su lado. Countree comprendió que debía hacer lo imposible por desatarle. Iba a desmayarse de un momento a otro... pero tendría que esforzarse por liberar al vigilante, ya que de ello dependía su propia salvación.

—Señora Briant, hay cosas que debieran estarle prohibidas a una mujer —dijo Dart después de la cena.

—¿Por ejemplo, teniente? —preguntó la madre de Penélope.

—Guisar tan bien, señora. Cualquier cosa que coma yo, a partir de ahora, aunque sea en el mejor restaurante del mundo, me parecerá bazofia.

Nancy Briant se echó a reír. Era una mujer cercana al medio siglo, pero de aspecto muy agradable y todavía sin una sola cana en su pelo castaño.

—Es uno de los mejores elogios que he oído nunca, muchacho —contestó—. Penny, hija, lleva al invitado a la sala. Os serviré el café allí.

—Está bien, mamá. Venga conmigo, Dart.

La pareja se sentó en un mullido diván. Dart encendió un cigarrillo. Penny dijo que aún no sentía deseos de fumar.

—Aún no tenemos noticias de McGarry —recordó.

Dart hizo un gesto negativo.

—Sigue tan inaprehensible como el humo que sale de mi cigarrillo —contestó.

—Pero el señor x se lleva la mayor parte de los números de esa rifa.

—Es otro de los resentidos con SWAT, en efecto.

El teléfono sonó en aquel momento. Desde la cocina, Nancy Briant dijo:

—Tomaré la llamada por el supletorio, Penny.

—Está bien, mamá.

Durante unos minutos, volvieron a cambiar impresiones sobre el mismo tema. Luego, Penélope dijo:

—Estamos como obsesionados, ¿no le parece?

La señora Briant llegaba en aquellos momentos con el servicio de café. Dart no pudo contestar a la muchacha.

—Penny, temo que vas a quedarte sola unos días —dijo—. Tu padre quiere que vaya a San Francisco. Los negocios van a retenerle más tiempo de lo calculado.

—¿Cuándo partirás, mamá?

—Mañana, por supuesto. Ya he llamado al aeropuerto, para reservar un billete.

—Está bien, yo te acompañaré. Dart, ¿cuánto azúcar en el café?

—Un terrón, gracias.

—Mamá —dijo Penélope—, saca ese excelente Armagnac que guardamos para las grandes ocasiones.

—Ah, ésta es una gran ocasión —rió Dart.

—Ella lo considera así, muchacho —dijo la señora Briant.

El teléfono sonó en aquel momento. Nancy se inclinó, tomó el aparato, escuchó unos instantes y luego se lo pasó al huésped.

—Para usted, Dart.

Dart respingó.

—¿Cómo pueden saber que estoy aquí? —murmuro. Cogió el auricular y dio su nombre—. ¿Quién me llama? —preguntó.

—Stevens. Dart, tengo noticias y no agradables precisamente —dijo el sargento—. El cazador de tanques nos ha tomado lindamente la cabellera.

—¿Qué? —jadeó Dart.

—Ve al Hospital General. Te aguardo allí, con el teniente Boyd. Countree, el dueño del almacén, ha sido herido por el asesino.

Dart dejó el teléfono lentamente sobre la horquilla.

—Lo siento, pero temo que no voy a poder hacer los honores al Armagnac —dijo—. Debo ir al hospital inmediatamente.

—¿A causa del hombre que ha declarado la guerra a SWAT? —preguntó Penélope.

—En efecto.

Penélope se puso en pie al mismo tiempo que su invitado.

—Le acompañaré —dijo.

CAPÍTULO VIII

El sargento Stevens adelantó un par de pasos para recibir a los recién llegados en el pasillo del ante-quirófano. Dart vio a su colega Boyd, junto al cual había un hombre de mediana edad.

—Countree está siendo operado —informó Stevens—. La bala le atravesó el vértice superior del pulmón izquierdo, pero, salvo la convalecencia, no habrá complicaciones.

Boyd se acercó en aquel momento, seguido del individuo.

—Dart, éste es el auténtico Tom Barker —dijo—. La tiente se va a reír muchísimo cuando sepa qué tuvimos en las manos al cazador de tanques y lo dejamos escapar.

—Todos estamos expuestos a cometer errores —contestó Dart, ceñudo—. Señor Barker, ¿quiere contarme lo que pasó?

—Bueno... el hombre vino con una furgoneta y unos papeles para recoger unos televisores en color. Como estaba todo en regla, me dispuse a entregárselos...

—Un momento. Señor Barker, ¿conserva aún esos documentos?

—No, señor. Sospecho que el atacante me los quitó, después de dejarme sin sentido... He hablado con un médico y me ha dicho que, además, me puso una inyección de sedante; por eso he dormido tanto rato.

—Dart, eso explica por qué el señor Barker no dio siquiera una patada a la puerta del cuarto de aseo cuando nosotros llegamos al primer piso del almacén —dijo Boyd—. Ese hombre es terriblemente listo y lo previo todo.

—Cierto —convino Dart—. Siga, señor Barker.

—Bien, ya no sé qué más decir, sino que pasé mucho rato dormido. A la caída de la tarde, apareció mi atacante...

—¿Le vio la cara?

—Sí, pero por la mañana parecía un hombre de cincuenta años lo menos. Por la tarde, lo vi joven, aunque llevaba gafas y un gran

bigote y ropas distintas a las de la mañana.

—Se comprende —dijo Boyd—. Cuando regresó por la tarde, se llevó la bolsa con las ropas que había llevado puestas por la mañana y que cambió por el uniforme del señor Barker. Y en la bolsa, además, se llevó, despiezado, el tubo lanzagranadas.

—Pero dejó el rifle —exclamó Dart, desconcertado.

—Organizar un tiroteo formaba parte de su plan. Ya no podía recurrir a una falsa llamada. Tenía que ser una acción auténtica y nosotros debíamos ir recogiendo informes por radio mientras nos acercábamos con el furgón blindado al lugar del suceso. Es lo que hacemos ordinariamente y tú lo sabes mejor que nadie.

—Sí —murmuró Dart—. El tipo se puso las ropas del señor Barker y luego empezó el jaleo.

—La puerta del cuarto de aseo estaba oculta por una pila de cajones. Countree, aturdido, según ha declarado, no reparó en ello hasta por la tarde, en que decidió volver a investigar...

—¡Aguarde un momento! —exclamó Penélope—. Teniente Boyd, si no me equivoco, el señor Countree vio al que suponía era su vigilante y no notó la superchería. ¿Cómo se explica ese absurdo?

Boyd parpadeó.

—Es verdad, no había caído...

—El cazador de tanques se quejaba continuamente de un golpe en la boca —dijo Dart—. Casi todo el tiempo, tuvo la cara tapada, a excepción de los ojos.

—Pero el pelo canoso del señor Barker...

—Sam, ese individuo había preparado el golpe con la suficiente antelación para no omitir detalle. Incluso el señor Barker encontró correctos los documentos que llevaba para la carga de la mercancía. Con su uniforme, una peluca y la cara tapada, y en aquellos momentos de confusión, ¿cómo no iba a engañar a Countree?

—A menos que éste estuviera de acuerdo con el asesino —terció Stevens.

—¡Imposible! —protestó Barker—. Trabajo para el señor Countree desde hace casi veinte años y sé que es absolutamente honrado. Jamás sería capaz de hacer una cosa semejante. Además, ha estado a punto de morir, porque lo descubrió cuando iba a abrir la puerta de mi encierro.

—Creo que debemos descartar a Countree, en efecto —convino

Boyd—. Simplemente, el asesino ha sabido jugar sus cartas con una habilidad diabólica.

—Y se nos escapó de entre las manos...

—Lo preparó todo minuciosamente: el rifle, que dejaría abandonado, la inyección de sedante, tras haber golpeado a Barker... y el supuesto ataque que nos hizo creer era el propio Barker. Y cuando nosotros llegamos, sólo tuvo que aguardar tranquilamente a que entrásemos en el edificio, para marcharse con la mayor frescura del mundo.

—Olvidó una cosa, teniente —dijo Stevens.

—¿Sí? —preguntó Dart.

—Fue un grosero. No se quitó el sombrero para despedirse de nosotros.

Penélope contuvo una sonrisa. Dart asintió.

—Es mejor tomárselo con una pizca de buen humor —dijo—. Pero de nuevo volvemos a estar como al principio.

—Y expuestos a otro ataque —murmuró Boyd sombríamente.

Hubo un instante de silencio. De pronto, se abrió la puerta del ante-quirófano. Un médico salió, descalzándose los guantes de goma.

—El señor Countree se repondrá —anunció el cirujano—. Sin embargo, se encuentra todavía bajo los efectos de la anestesia. Será preciso esperar a mañana para que puedan interrogarlo.

—Yo me ocuparé de él, Dart —se ofreció Boyd.

—Está bien. ¿Vamos, Penny?

—Sí.

—Morris, hay un sitio para ti en mi coche —dijo Dart.

—Gracias, he traído el mío —contestó Stevens.

Salieron juntos del hospital. Antes de dirigirse a su coche, Stevens dijo:

—Dart, a cada momento que transcurre, me siento más y más inclinado a creer que el autor de todos estos hechos es el señor X.

Dart entornó los ojos.

—El hombre que atacó a Barker era, entonces, de mediana edad y estatura no superior a los ciento setenta centímetros, algo grueso... pero el que luego fue a recoger la bolsa con sus efectos, tenía también la misma complexión, aunque ya no parecía de mediana edad. Un hombre algo grueso puede ser también un tipo

fornido y musculoso. En ambos casos, basta un disfraz para aparentar una edad distinta, que induce a la confusión.

—Dart, no se olvide de que tiene que interrogar nuevamente a la señora Carpenter —le recordó Penélope.

—Lo haré mañana mismo —respondió el teniente.

Emily Carpenter recibió a su visitante a la mañana siguiente, en una soleada terraza, cubierta de césped, excepto en la parte de la piscina. Un enorme danés dormitaba a su lado.

Era todavía una mujer muy atractiva, aunque ya había rebasado la cuarentena. Dart calculó que la señora Carpenter había pagado a un caro cirujano para que le arreglase un pecho que ofrecía innegables encantos, mal cubierto por un leve sujetador rojo. Las caderas, ampulosas, estaban enfundadas en un ajustadísimo pantalón del mismo color.

—Querrá tomar algo, teniente —dijo la mujer, con amable sonrisa.

—Un refresco, gracias, señora Carpenter —aceptó el visitante—. Pero antes he de rogarle que disculpe las molestias...

Emily agitó una mano, a la vez que se ponía en pie.

—Bah, no tiene importancia —contestó—. Tengo limonada y hielo, pero ¿no le apetecerían unas gotas de vodka? ¿O va a decirme que no bebe estando de ser vicio?

—Es que no es mi hora —sonrió Dart—. Me conformo con la limonada, señora.

—Luego me dirá cuál es su hora propicia para tomar un trago. ¿O es también un asunto reservado?

Dart sonrió.

—No, lo que sucede es que todavía es demasiado temprano. —Aceptó el vaso y tomó un par de sorbos—. Señora, lamento traerle malos recuerdos, pero quiero hablar con usted nuevamente del tipo que la secuestró.

Emily se puso seria.

—Pasé un infierno —dijo—. Sin embargo, ya me he repuesto y... ¿qué quiere saber, teniente?

—Usted vio al secuestrador con mucha frecuencia.

—Pero ya di sus datos personales...

—Le ruego que me los repita de nuevo. Trate de recordar algún detalle que pudiera habersele pasado por alto... Por ejemplo,

alguna marca o cicatriz en la cara o las manos...

—Las manos estaban constantemente enguantadas, por lo menos, cuando estaba conmigo. Respecto a la cara, sólo pude ver lo que dejaban libres las gafas oscuras que utilizaba constantemente. Y siempre iba afeitado, muy limpio de vello...

—¿Era grueso?

—Yo diría más bien fornido, con un tórax muy desarrollado, a pesar de que tenía el pelo canoso. Lo que sí resulta cierto es que tenía una fuerza prodigiosa. Me manejaba como si yo fuese una pluma.

—El pelo canoso... pero la cara de un hombre de cincuenta años, aunque esté bien afeitado, es muy distinta de la de un hombre que tenga veinte años menos. La superficie epidérmica varía mucho, señora.

Emily se echó a reír.

—¿A quién se lo va a decir? —exclamó, con cierta dosis de amargura—. Teniente, eso es algo a lo que no puedo contestar. Sencillamente, no me fijé... el miedo no me dejaba fijarme en ciertos detalles, compéndalo.

—Sí, desde luego. ¿Y la voz?

Las bien pintadas cejas de Emily se juntaron un instante.

—Una vez le oí hablar por teléfono, aunque no entendí lo que decía —contestó—. Entonces, usaba una voz bronca, que no era la suya. Lo sé muy bien, porque, a veces se enfadaba conmigo y su voz resultaba un tanto aflautada. Realmente, no era la voz que correspondía a su tipo.

—Gracias, señora —dijo Dart, a la vez que dejaba el vaso sobre la mesa de jardín—. Le ruego me disculpe...

—Ha sido un placer, teniente. —Emily se le acercó un par de pasos, sacando mucho el busto protuberante—. Y, por favor, dígame cuál es su hora propicia para beber... en compañía.

Dart bajó la vista un instante hacia el monumental escote de la dama.

—No puedo olvidar que le debo la vida —agregó Emily con voz acariciadora—. A veces... —suspiró largamente—, me encuentro tan sola...

—La llamaré por teléfono cuando sepa que voy a tener un día entero libre y sin complicaciones —dijo Dart precipitadamente.

—Le tomó la palabra, teniente —sonrió Emily.

Dart se encaminó hacia la salida. Al sentarse en el coche, se abanicó con la gorra de uniforme.

—¡Uf, qué volcán! —murmuró.

—Hay cierto número de datos que coinciden esencialmente en la descripción del sospechoso —dijo Dart, mientras aceptaba el vaso con café que le tendía el pelirrojo Cawndy—. Sabe disfrazarse muy bien, pero, en cambio, no puede ocultar su complexión. Parece un poco grueso, aunque, en realidad, es un tipo muy fornido. Al menos, la señora Carpenter ha dicho que la manejaba como una pluma.

—¿Qué hay del color de sus ojos? —preguntó Stevens.

—Negativo. Usa siempre gafas oscuras. La señora Carpenter no pudo vérselos nunca.

Blade se pellizcaba el labio inferior con aire preocupado.

—Las gafas oscuras pueden servir para disfrazar el aspecto personal, pero también para cuidar un defecto óptico, fofobia, por ejemplo —dijo.

—O tapar dos pupilas de distintos colores —apuntó *Hooligan*.

—O un párpado caído —sugirió Cawndy.

—Será preciso hacer una consulta a la computadora, introduciendo estos nuevos factores en el proceso —dijo Stevens—. Hasta ahora, lo único cierto parece su estatura y complexión, aparte de su habilidad para disfrazarse.

—No olvides tampoco que es un artista fabricando proyectiles antitanque en su casa —exclamó Dart.

El teléfono sonó en aquel momento. Stevens levantó el auricular.

—Para ti, Dart; es la sargento Briant —dijo, segundos después.

—Hola, sargento —exclamó el oficial—. ¿Algo nuevo?

—Eso es lo que yo quería saber —dijo Penny—. ¿Qué resultado ha obtenido de su visita a la señora Carpenter?

—Por ahora, sólo confirmar datos sobre la figura del señor x. Y de su voz también. Perdona un momento. —Dart tapó el micrófono con una mano—. Cuando hagas la consulta a la computadora, añade voz aflautada, Morris.

El sargento contestó con un gesto del índice y el pulgar cerrados en círculo. Dart descubrió el teléfono y siguió:

—No he conseguido gran cosa, aparte de lo que ya sabíamos.

—Salvo visitar a la señora Carpenter en su salsa —dijo Penélope, maliciosamente—. ¿Resultó agradable la visita?

—Sargento, recuerde la historia del casto José —exclamó él con jovialidad.

—¿Escapó?

—Afortunadamente, ileso.

Dart oyó con gran complacencia la risa argentina de la joven.

—Lo celebro —dijo ella—. Avíseme cuando tenga más noticias.

—Descuide, sargento.

El teléfono volvió a su sitio. Con música de *La Cucaracha*, *Hooligan*, cantó:

—El teniente y la sargento.

—Hablan a cada momento... —continuó el pelirrojo. Y entonces, un agente se asomó a la puerta.

—Teniente, tiene una visita —anunció.

CAPÍTULO IX

El visitante era Reginald Grogan, quien aparecía ahora pulcramente vestido, aun en su modestia, con el sombrero en las manos y una leve sonrisa en los labios un tanto descoloridos.

—Perdone que le moleste, teniente —dijo—. Pasaba por aquí y...

—No es ninguna molestia en absoluto, señor Grogan —dijo el oficial, a la vez que acercaba una silla al visitante—. Link, por favor, café para el señor Grogan.

—Sí, teniente.

Grogan alzó una mano.

—Oh, no se preocupen —tajo—. El café me pone un poco nervioso... Hace tiempo ya que no lo tomo... Verá, teniente, pasaba casualmente cerca de aquí y se me ocurrió entrar a preguntarles si sabían algo del asesino de mi amigo Warren.

Dart meneó la cabeza.

—Todavía no, aunque este caso escapa a nuestra jurisdicción, ya que se ha encargado de él la división de Homicidios. Sin embargo, de haberse producido alguna novedad, ya lo sabríamos, porque la muerte del señor Warren está relacionada con ciertos problemas que tenemos pendientes de solucionar.

—Ya —murmuró el visitante—. Siento mucho lo que le sucedió al pobre Marty. Por lo visto, se había mezclado en asuntos turbios.

—Eso parece, señor Grogan.

—A mí nunca me dijo nada... claro, tampoco tenía por qué contármelo. Pero echo de menos las partidas de damas que solíamos jugar con cierta frecuencia.

—Warren vivía solo, creo.

—Sí, se había divorciado hacía un par de años. Fue un asunto que le costó todos sus ahorros. Quizá por eso mismo robó la dinamita... Pobre muchacho —suspiró Grogan.

—Y usted, ¿vive solo en su casa?

—Soy viudo desde hace cinco años, teniente.

Dart contempló unos instantes el rostro de Grogan, franco, sincero, a cuya expresión contribuían poderosamente unos ojos claros y de mirada límpida. Un hombre del que valdría la pena ser amigo, pensó.

Grogan tomó el sombrero que había dejado sobre la mesa.

—No quiero molestarle más, teniente —se despidió.

—Al contrario, ha sido un placer —aseguró Dart—. Cuando sepamos algo sobre el caso, le avisaré inmediatamente.

—Es usted muy amable, teniente. Caballeros...

Grogan se marchó. *Hooligan* encendió un cigarrillo.

—Un tipo simpático —comentó.

—Un día me iré a jugar con él una partida de damas —dijo Cawndy—. Modestia aparte, soy un «as» y...

El policía que había anunciado la visita de Grogan volvió a asomarse.

—Teniente, ¿sabe qué vehículo ha empleado su visitante para venir hasta aquí? Y marcharse en él, naturalmente.

—No —contestó Dart—. Dígamelo, Bruce.

—¡Una bicicleta! —El agente se puso un dedo en la sien—. Los hay chiflados...

—No tanto. Bruce: pedalear en bicicleta es uno de los mejores ejercicios aconsejados hoy día por los médicos, sobre todo, para las personas de mediana edad, acostumbradas a una vida sedentaria. Estoy seguro de que al señor Grogan le sienta muy bien esa clase de ejercicios físicos.

El policía meneó la cabeza.

—Puede ser, pero si se lo aconsejase a mi mujer, me echaría de casa —contestó burlonamente—. Se pasa el día en el diván, frente al televisor...

—Cómprale un televisor portátil, a pilas, y pónselo en el manillar de la bicicleta —exclamó *Hooligan*, con una ruidosa carcajada, que provocó la consiguiente algazara de risas entre los presentes.

El timbre del teléfono cortó bruscamente las risotadas. Dart levantó el aparato:

—Teniente Dart, de SWAT de Sierra —dijo.

Una voz emitió un informe. Dart escuchó atentamente y luego volvió el teléfono a su sitio.

—Rattigan ha localizado a McGarry y lo tiene sitiado. McGarry se niega terminantemente a entregarse y está armado con un par de pistolas. ¡Vámonos, muchachos!

Los aullidos de la sirena cesaron cuando Billy, el conductor, frenó en seco. Dart y sus hombres, ya equipados, saltaron fuera, a la entrada de una calle que aparecía bloqueada por los coches blancos y negros.

Rattigan salió al encuentro de los recién llegados.

—Está en aquella casa —la señaló con una mano—. Último piso, segunda ventana de la derecha. Encima sólo hay la azotea, pero la puerta es de hierro y él tiene la llave. Uno de mis hombres le vio y quiso detenerlo, pero McGarry le metió un balazo en la pierna izquierda. Como tiene abierta la puerta del cuarto, que da directamente a la escalera interior, puede vigilar perfectamente el acceso, sin dejar de vigilar la calle.

—No se puede mirar a dos sitios al mismo tiempo —dijo Dart sentenciosamente—. Pero ¿de dónde diablos ha sacado dos pistolas, Harry?

—Las habrá comprado. Hace tres días se cometió un atraco en una tienda de licores. Por lo que hemos sabido, fue McGarry. Recuerda que estaba sin blanca.

—En una tienda de licores, Harry, lo más que se consiguen son un par de cientos. Y con eso no se compran dos pistolas.

—Las robaría, amenazaría... vete a saber —dijo Rattigan disgustadamente—. El caso es que lo tenemos ahí y no podemos subir.

Dart volvió a examinar la ventana, situada al nivel de un tercer piso. De repente, bajó una voz bronca hasta la calle:

—¡Les he visto llegar, SWAT! Tengo municiones en abundancia y no pienso entregarme. Suban si son tan valientes.

—Ése no es el señor x —dijo Dart instantáneamente—. Descártalo, Morris.

—¿Por qué? —preguntó el sargento Stevens.

—McGarry está furioso y habla con su voz normal, nada chillona, como has podido escuchar. Cuando un hombre pierde los estribos, grita más o menos, pero no altera su voz.

—Sí, es cierto. Bien, ¿cuál es el plan?

—Puesto que está solo, usaremos gases...

De repente, se oyó arriba un agudo chillido de mujer.

El grito, que evidenciaba un agudo terror, volvió a repetirse. Casi inmediatamente, se oyó una atronadora risotada.

—¡Eh, amigos! —gritó McGarry—. ¡Miren lo que he pescado en el descansillo de la escalera!

Una mujer, sujeta por los pelos con una mano, apareció en la ventana, chillando a pleno pulmón. Dart vio otra mano con un revólver apoyado en la cabeza femenina.

—¡Cállese, estúpida, y no le pasará nada! —dijo el pistolero—. ¡Eh, SWAT, escúchenme bien y pongan atención! Ahora tengo un rehén, ¿lo han entendido? Quiero un coche de la Policía en la entrada y nada de trucos, porque le volaré los sesos a esta prójima. Vamos, dense prisa; les concedo cinco minutos para cumplir mis condiciones.

Dart tomó el megáfono.

—Escúcheme, McGarry; entréguese y no...

—Hable todo lo que quiera, policía, pero no pienso hacerle el menor caso. Los cinco minutos cuentan ya, así que usted sabrá lo que debe hacer.

—¡Por favor! —gimió la prisionera—. Hagan lo que les pide este hombre...

Rattigan y Dart cambiaron una mirada. El segundo hizo un signo de asentimiento.

—Está bien, McGarry; enseguida tendrá el coche —dijo, a través del altavoz. Después de bajarlo, añadió—: Link, vas a tener que hacer el Tarzán.

—Entendido, jefe —contestó el pelirrojo.

—Quiero que se retiren todos —gritó McGarry—. Nadie debe quedar ahí, ¿estamos?

Un policía llevó su coche de patrulla frente a la entrada de la casa. Dart hizo un gesto con la mano y Billy empezó a retroceder con el furgón hacia la entrada de la calle.

Había dos coches en el extremo opuesto y se retiraron también. La calle quedó vacía en un instante.

Blade se apostó en la esquina, tras un alto cubo de basura, que le ocultaba a la perfección. Aunque el especialista era Cawndy, dada

la misión que debía realizar, le había dejado su fusil con mira telescópica. Blade, como todos los miembros del equipo, era también un excelente tirador.

Mientras tanto, Cawndy, actuando con absoluto sigilo, había lanzado el arpeo de su cuerda a una ventana situada en el segundo piso. Después se había izado a pulso hasta otra, situada en el primer piso, y más cerca de la salida de la calle, quedando así a unos cinco metros de la puerta del edificio. Con las dos manos, mantenía la tensión de la soga, que aparecía con una inclinación de 45.º.

El silencio se había hecho total. Cawndy dominaba la entrada de la casa. De repente, sonó un grito al nivel de la calle:

—¡Voy a salir! —anunció McGarry—. No me jueguen ninguna sucia treta, porque esta mujer morirá en primer lugar.

Transcurrieron unos segundos. De pronto, McGarry y su rehén se hicieron visibles.

McGarry miró receloso a derecha e izquierda. Blade había ocultado el fusil, a fin de que el pistolero no pudiera ver el cañón asomando entre la pared y el cubo de la basura. Luego, con la mano izquierda, McGarry empujó a su prisionera.

—Abra la puerta —ordenó.

La, mano de la mujer se apoyó temblando en la manilla de la portezuela. Para hacerlo, tuvo que inclinarse un tanto hacia delante.

Entonces, Cawndy se lanzó al vacío. McGarry presintió algo y empezó a volverse, pero entonces, dos pesadas botas golpearon su pecho y lo proyectaron hacia atrás con indescriptible violencia.

McGarry cayó de espaldas y resbaló un par de metros por la acera, mientras la mujer chillaba desesperadamente. Cawndy había caído también en el suelo y se movía como un gato. Cuando McGarry intentaba levantarse, soltando espumarajos de rabia, usó el pie derecho y lo estrelló contra la boca del pistolero.

Esta vez, McGarry cayó hacia atrás y se quedó inmóvil. El pelirrojo se irguió y levantó la mano derecha, con los dedos índice y medio en señal de victoria. Rattigan y Dart corrían ya hacia él. Stevens se acercó a la mujer, que sollozaba desconsoladamente, encogida junto al automóvil, y empezó a prodigarle frases afectuosas.

Admirado, Rattigan movió la cabeza y dijo:

—Una magnífica solución, Dart. Ese muchacho me pareció una

araña al extremo de su hilo.

—Algo más pesado, aunque no mucho —sonrió Dart—. Bien, el pájaro es tuyo, Harry.

—Déjalo de mi cuenta —respondió Rattigan.

Dart hizo un gesto con la mano.

—Vuelta al hogar, chicos —ordenó.

—¿A qué cosa llama hogar este hombre? —protestó *Hooligan*. De pronto, agarró el brazo derecho del pelirrojo y voceó—: ¡Vencedor del combate *Araña* Cawndy, por una patada doble y otra sencilla! ¿Quieres que te dé un paseíto en hombros, como los grandes triunfadores, campeón?

—No me llesves a hombros, que tengo vértigo —rió Cawndy, aludiendo así a la estatura de su compañero.

Dart sonrió para sí. Era bueno que sus hombres mantuviesen la moral.

Porque el cazador de tanques no había sido apresado todavía y presentía que, en cualquier momento, podía lanzar otro de sus devastadores ataques.

A las siete de la tarde, armado con un monumental tamo de rosas, llamó a cierta puerta. Penélope abrió segundos más tarde.

—¡Dart! —exclamó—. ¿Por qué...?

—Ya que no puedo agradecer a la madre su guiso, expresaré mi gratitud a la hija —contestó él.

—Tonto —dijo Penélope, sonrojada, pero satisfecha—. Ande, entre; yo no soy una artista como la señora Briant, pero sé calentar una lata de conservas. Y hacer café y servir una copa de Armagnac.

Dart puso los ojos en blanco.

—Es una perspectiva maravillosa. —Miró a la joven, que vestía blusa y pantalones cortos—. Pero no tanto como... como...

—Tema entendido que usted no es un cobarde —dijo ella—. ¿Por qué no sigue?

—No puedo. Sólo sabría decir; «Glub»...

Penélope se echó a reír.

—Pues ya es bastante. ¿Qué le parece la laja de pollo a la húngara?

—Calentándola usted, aunque fuese vidrio molido, Penny.

—No le quiero tan mal, Dart —contestó ella—. Mire, allí tiene el bar. Sírvese a su gusto, mientras arreglo las llores. Luego prepararé

la cena. Y después, hablaremos.

—Las perspectivas continúan siendo magníficas —dijo él visitante.

CAPÍTULO X

Después de la cena, Dart se sentó en el diván. Penélope le acercó un escabel.

—Ponga ahí los pies y siéntase cómodo —dijo—. Enseguida traeré el café y el licor.

Después de tomar el café y un par de sorbos de Armagnac, Dart hizo una observación a su anfitriona.

—Penny, hay algo que no acabo de comprender en usted —dijo.

—¿De qué se trata? —preguntó ella.

—¿No ha sentido deseos de casarse alguna vez?

—Sí, claro.

—Pero sigue soltera y... no es que quiera molestarla, pero ya ha pasado de los veinticinco años.

—Casi veintisiete y no tengo por qué ocultar mi edad. Estuve prometida hace cinco años.

—¿Qué pasó, Penny?

Ella guardó silencio unos instantes.

—Retiro la pregunta —dijo Dart.

—Bueno, un día u otro tendría que saberlo... Me dejó plantada por otra. Es cosa que sucede a menudo.

—Pero usted se lo tomó muy a pecho.

—Lo admito, Dart.

—Se le pasará, créame.

—Ya se me pasó hace tiempo. No se puede vivir siempre del pasado.

—Me alegro que piense así, Penny.

Ella estaba sentada a su lado, pero no reclinada en el respaldo y se volvió para mirarle.

—Usted también es soltero —dijo.

—Viudo, Penny.

—Oh... Yo tampoco sabía...

Dart miró pensativamente la copa que tenía en las manos.

—Murió hace casi diez años. Llevábamos escasamente uno de casados. Yo tenía entonces veintitrés. Nos casamos muy jóvenes, llenos de ilusiones... y luego todo fue humo.

Penélope vaciló un momento.

—La quería mucho —dijo.

—Sí. Era una mujer encantadora, pero no resistió... el parto.

Ella se puso una mano en la boca.

—¿Eso... le sucedió?

Dart hizo un gesto afirmativo.

—El niño murió también y yo... me quedé completamente solo. Un día lo tenía todo, una esposa, un hijo ya a punto de llegar a este mundo, y al día siguiente ya no tenía nada.

—¡Cuánto lo siento, Dart! —dijo Penélope con viva simpatía.

Él hizo un esfuerzo por sonreír.

—Pero la vida debe seguir —añadió—. Para ambos. —Apuró la copa y se puso en pie de un salto—. No quiero seguir molestándola más, Penny.

Ella se incorporó también.

—No es ninguna molestia, sino todo lo contrario —declaró, con ojos muy brillantes.

Dart contempló un momento el hermoso rostro de la joven. El pecho de Penélope subía y bajaba con más rapidez de lo habitual. Durante unos segundos, permanecieron ambos en la misma posición, frente a frente.

Súbitamente, Dart abrió los brazos. Penélope se dejó caer en aquel cálido y confortador abrazo y dejó que la boca del hombre buscara la suya, con un contacto que, presintió, iba a ser en el futuro algo más que la pasión de dos seres jóvenes y rebosantes de vitalidad.

—La computadora no facilita datos de tipos con la voz aflautada y que, además, tengan cierta corpulencia y habilidades manuales —dijo el sargento Stevens a la mañana siguiente.

—Estamos en un «impase», teniente —observó Blade.

—Lo peor de todo no es que estemos parados, sino saber que el cazador de tanques puede atacar en cualquier momento —dijo Dart preocupadamente.

El teléfono sonó en aquel momento.

—El teniente Rattigan, señor —informó Cawndy, después de atender la llamada.

Dart tomó el aparato.

—Hola, Harry —saludó—. ¿Qué tienes para mí?

—He charlado largo y tendido con McGarry. Me ha dado una pista que quizá pueda servirte.

—Interesante, pero, dime, ¿cómo se ha mostrado tan cooperador ese sujeto?

—Bueno, sabe que está perdido y busca congraciarse con nosotros. Hirió a uno de mis hombres, y no debemos olvidar tampoco que tiene pendiente el atraco al Pacific Bank.

—Sí, es cierto. Bueno, ¿qué te ha dicho?

—McGarry lamenta que no se le haya ocurrido la idea de atacar los furgones de SWAT con lanzagranadas, pero, aparte de eso, dice que cree conocer al posible autor de los hechos. Lo conoció hace más de diez años, en los *marines*. Estaba al frente de un taller de reparaciones de tanques y armamento, especialmente pesado. Era un tipo con unas manitas de ángel, según dice.

—Sí, el fulano ideal para esta clase de trabajitos. ¿Qué más?

—El nombre es Bradford J. Cooper, Brad en plan familiar. Un metro setenta, muy robusto, ojos claros, pelo castaño y fuerte como un toro. Encaja, ¿no?

—Salvo por un dato, Harry: la voz.

—Cooper tiene casi una voz de niño.

Dart guardó silencio unos instantes.

—¿Qué más? —preguntó al cabo.

—McGarry lo vio hará cosa de dos años. Cooper se había licenciado hace casi diez y no habían vuelto a verse desde entonces. Ahora parecía haber progresado enormemente, porque iba en un coche de los caros, con una fulana despampáname. Cooper simuló no conocerle, cuando McGarry, lógicamente, quiso reanudar una amistad rota por la separación. Pero ya no ha vuelto a verle más ni sabe dónde está.

—Gracias, Harry, pero taha un detalle —dijo Dart.

—¿Sí?

—La edad de Copper.

—Más o menos, la de McGarry, es decir, unos cuarenta años.

—Está bien. Como es de suponer que McGarry no conserve

ninguna foto de su antiguo compañero de armas, creo que sería conveniente pedir una a la Base de San Diego. Allí hay una División de *Marines*...

—Lo haré ahora mismo, Dart.

—Mándame una copia en cuanto la recibas. Gracias, Harry.

Dart colgó el teléfono y relató a sus hombres la conversación sostenida con Rattigan.

—Una buena pista, en efecto —convino Stevens.

—Lo será, si encontramos el rastro de Cooper. Y ahora, muchachos, una mala noticia.

Cuatro rostros contemplaron aprensivamente el rostro de su jefe.

—Hay ejercicio de tiro —anunció Dart, sonriendo.

Se oyeron varias exclamaciones de alivio.

—Yo pensé en una sesión de burocracia y ya empezaba a sentir que se me decoloraba el pelo —exclamo Cawndy.

De pronto, sonó una voz en la entrada.

—¿Están listos, SWAT de Sierra?

Dart y sus hombres se volvieron en el acto. Penélope, de uniforme, con una pistola al cinto, sonreía desde la entrada. Bajo el brazo izquierdo, llevaba una carpeta de cuero negro.

—El jefe me ha encomendado hacer las calificaciones de tiro de este equipo —explicó la joven.

—Yo sé de alguien que no va a dar una en el blanco —dijo *Hooligan*, maliciosamente.

Dart sonrió, complacido.

—Puede que sean dos, porque, a juzgar por lo que veo, ella también debe realizar sus ejercicios de tiro —exclamó.

—Así es —confirmó Penélope.

—En tal caso, ¿quién calificará al calificador? —exclamó Blade, entre las risas de sus compañeros.

—Vamos, muchachos —dijo Penélope—. Si hubiese conflictos, los atenderían otros equipos de SWAT.

Las risas se cortaron bruscamente. Penélope dejó de sonreír, porque se daba cuenta de la tensión que habían provocado sus palabras.

—Creo que he dicho algo nada conveniente —murmuró.

Dart tomó su brazo y la empujó hacia la salida.

—No te preocupes, cariño —dijo.

Al atardecer de aquel día, Morris Stevens regresaba a su casa, en compañía de su esposa, cuando ella, de pronto, le hizo detener el coche.

—Para ahí, Morrie —dijo, dándole el apelativo familiar—. Tengo que echar una carta para tía Mizzy.

Esposo obediente, Stevens arrimó el coche a la acera. Su esposa se apeó, acercándose al buzón, justo cuando se detenía una furgoneta en el mismo lugar. Dos hombres se apearon y uno de ellos se acercó rápidamente.

—No se moleste, señora —dijo—. Ese buzón está clausurado desde hace mucho tiempo, precisamente por la escasez de «clientela». Tiene uno cinco manzanas más abajo...

—Pero aquí no hay ningún indicativo —objetó la señora Stevens.

—Los malditos chicos del barrio —rezongó el empleado—. Cada día tenemos que reponer el cartelito. Pero eso se ha acabado ya; hoy traemos lo necesario para desmontar ese trasto y llevarlo al almacén.

El otro empleado se acercaba con una caja de herramientas en la mano.

—Vamos, Mike, no perdamos más tiempo —dijo.

—Morrie, tenemos que seguir adelante —indicó la señora Stevens.

El sargento asintió. Iba a dar el contacto nuevamente, cuando, de pronto, reparo en un detalle.

—Eh, oigan —exclamó.

Los dos empleados de Correos se volvieron hacia él. Stevens se apeó y enseñó su billetera.

—Soy sargento de la Policía de Los Ángeles, comisaría de Sierra —dijo—. He oído que ese buzón está clausurado.

—Así es, sargento —confirmó el empleado que había hablado en primer lugar.

—Por favor, ¿puede indicarme la fecha en que lo dejaron fuera de servicio?

El hombre accedió. Stevens, al conocer el dato, miró hacia la casa situada en la otra acera, a unos treinta pasos de distancia.

Allí, en aquella casa, había muerto asesinado Martin Warren, el ladrón de la dinamita.

—Gracias, amigos —dijo, antes de volverse al coche—. Me han prestado ustedes un inmenso favor.

Se sentó tras el volante, hizo girar la llave de contacto y arrancó a toda velocidad.

—Morrie, por el amor de Dios, te van a multar —exclamó asustada su esposa.

—Precisamente quiero que me vea un coche de patrulla. Así podré entrar en contacto más pronto con el teniente —respondió Stevens.

El teléfono sonó cuando Penélope se disponía a poner la mesa.

—¿Quién será? —murmuró. De repente, se había sentido muy preocupada por el hombre que estaba sentado en el diván.

—Deja —exclamó Dart—, yo atenderé la llamada. Saben que estaré aquí a la hora de la cena y...

Levantó el auricular.

—Casa de Penélope Briant —dijo—. Pero habla el teniente Dart...

—¡Teniente, soy Stevens! Creo que he hallado la solución del caso, es decir, la identidad del cazador de tanques.

Dart se envaró en el acto.

—Habla, Morris —pidió.

—¿Recuerda a Reg Grogan?

—¡Por Dios, Stevens! Ese hombre no...

—Ese hombre es un magnífico actor. Incluso ha sabido disfrazar la voz cuando hablaba con nosotros. Pero no me cabe la menor duda de que es el que construyó la granada que destruyó el equipo de Steiner.

—Bueno, tendrás alguna pista...

Penélope se había acercado en silencio y, sabedora de la identidad del hombre que llamaba, escuchaba a través del supletorio.

—Claro que la tengo, teniente. Primero, recuerde, usted mismo me lo contó, la habilidad de Grogan para trabajos manuales. ¿No había torneado una pata para un sillón de su amigo Warren?

—Es cierto, Morris.

—Y, además, mantiene una forma física excelente. Usted mismo dijo que la bicicleta es uno de los mejores ejercicios físicos para las personas de la misma edad.

—De acuerdo, de acuerdo, pero Grogan tornea madera, no metal.

—¿Cómo podemos decirlo, si no hemos estado en su casa? Pero, además, el dato definitivo. Agárrese, jefe.

Stevens hizo una pausa deliberadamente. Luego continuó:

—Grogan declaró que había visto a un hombre entrar en la casa de su amigo el día del asesinato, porque había ido a echar una carta al buzón de Correos, situado al otro lado de la calle. ¡Pues bien, mintió, porque ese buzón estaba fuera de servicio!

Dart se quedó sin aliento.

—Morris, ¿cómo lo sabes? —preguntó.

Stevens le explicó la forma en que había llegado a conocer el que estimaba un Jalo vital para la solución del caso. No obstante, Dart formuló una objeción:

—Has dicho que los chicos quitaban con frecuencia el cartel que indicaba que el buzón estaba fuera de servicio. Grogan podía ignorar este detalle...

—Era en pleno día. Resulta muy difícil que un chico lo hiciera así, a la vista de la gente. Además, estaba recién colocado, porque lo habían puesto la víspera. No, y mil veces no; Grogan nos ha estado engañando de lo lindo desde el primer día... ¡pero ha cometido el más absurdo error que se pueda imaginar y que, también a él, lo va a poner fuera de servicio para el resto de sus días! —concluyó tajantemente el sargento Stevens.

CAPÍTULO XI

El teniente Dart estrechó amablemente la mano de Grogan, cuando llegó a su despacho, acompañado por el sargento y *Hooligan*.

—Lamento lo ocurrido, señor Grogan —dijo, después de los primeros saludos—. Pero estamos investigando el asesinato de su amigo Warren y necesitamos de la colaboración de todo el mundo.

—Ustedes cumplen con su deber, teniente —respondió Grogan. Cawndy le entregó un vaso de papel con caté y se lo agradeció con breve sonrisa—. Dígame, ¿en qué puedo servirles?

—Usted declaró que había visto al posible asesino de su amigo, un tipo alto, bien vestido... y que lo había visto desde la acera de enfrente.

—Así es, teniente. Claro que a mí me pareció alto, aunque puede que no lo fuese tanto como me imaginé entonces. La distancia es un tanto grande y mi vista ya no es lo que era, a pesar de los lentes correctores.

—Bueno, hoy día, los ópticos hacen maravillas —sonrió Dart—. Pero usted declaró que había ido a echar una carta a un buzón que, precisamente la víspera, había sido puesto fuera de servicio.

—Oh, es cierto —dijo Grogan con una risita—. Sí, estaba el cartelito puesto, por lo que tuve que buscar otro. No cité el detalle, porque no me pareció importante.

Dart torció el gesto. Si Grogan era el culpable, no cabía la menor duda de que se trataba de un hombre verdaderamente astuto. Aquella declaración, que admitía sin reservas, carecía de consistencia ante un tribunal y rebatida por un abogado defensor medianamente hábil.

Sus hombres le contemplaban expectantemente. Dart se dio cuenta de que no había nada que hacer con el supuesto cazador de tanques.

—Está bien, señor Grogan —dijo—. Le ruego una vez más disculpe las molestias que le hemos ocasionado. Link, toma un coche y lleva al señor Grogan a su casa.

—Pero, teniente... —El pelirrojo intentó protestar y Dart le cortó en seco.

—Haz lo que te mando —ordenó.

—Sí, señor.

Dart se quedó solo con los otros tres.

—Siento lo sucedido, pero no podemos hacer nada, mientras no dispongamos de mayor enjundia. Y si disfraza la voz...

De repente, fijó la vista en el magnetófono que había registrado la conversación. Presionó una tecla, para que saliera la *casete* y se la entregó a Blade.

—Llévasela a la sargento Briant —dispuso—. En los archivos tenemos las grabaciones de la voz del señor X. Aunque una persona disfrace perfectamente su voz, hay métodos muy sofisticados para saber si una grabación procede de una misma persona. Y no debemos olvidar que el secuestrador de la señora Carpenter envió siempre sus instrucciones por medio de cartuchos de cinta grabados.

—Está bien, pero, al menos, podíamos haber intentado averiguar si su apariencia actual es un disfraz, —dijo Stevens.

—No es un disfraz. Las manos corresponden exactamente a un hombre de su edad, esto es, unos cincuenta y cinco años. Tienen la piel un tanto arrugada... cosa que no sucedería con el señor X, del que sabemos era un tipo muy robusto y relativamente joven. El señor X, según declaró la señora Carpenter, no llevaba gafas graduadas. No se hacen cristales graduados de casi diez centímetros de diámetro, pero eran los de sus lentes de color.

—Yo me he fijado en sus antiparras y, desde luego, están graduadas. Son bifocales y, desde luego, puedo anticipar que Grogan padece una fuerte miopía —dijo Blade.

Dart agitó una mano.

—Anda, ve a llevar la cinta y dile a la sargento Briant que me comunique cuanto antes el resultado del análisis comparativo.

—Sí, señor.

Stevens llenó dos vasos con café y entregó uno a su jefe.

—En resumidas cuentas, el cazador de tanques sigue libre —dijo.

—Grogan tornea en madera y no en hierro —contestó Dart pensativamente—. El cazador de tanques tuvo que utilizar un torno para hierro, a fin de construir determinadas piezas de sus proyectiles.

Lanzó un fuerte suspiro.

—Sigue siendo una araña, que teje su tela incansablemente, en espera de nuevas víctimas. Pero así como la araña aguarda a que caiga una presa en su tela, él tiene que tender el cebo para conseguir una nueva víctima. El problema estriba en saber cuándo y dónde estará preparada esa tela de araña... quizá con SWAT de Sierra como presa —concluyó.

Penélope llamo una hora más tarde:

—Lo siento —dijo—. Los análisis de vibraciones no coinciden. Grogan no es el señor x.

—Gracias de todos modos, Penny. Creíamos haber tenido una buena pista, pero se nos esfumó de las manos.

—Lo siento de veras, Dart.

—No te preocupes.

Penélope colgó el teléfono y contempló con aire reflexivo el cartucho de cinta que le había entregado Blade. De pronto, se le ocurrió hacer una comprobación.

Diez minutos más tarde, había descubierto algo que la dejó sin aliento.

—¡Oh, Dios mío! ¿Será posible?

Alargó la mano para llamar a Dart, pero, de pronto, se le ocurrió que antes debía hacer una comprobación.

Al cabo de una hora, tenía la respuesta. Ahora si podía llamar al jefe del equipo SWAT de Sierra.

La respuesta que recibió, paralizó su corazón durante unos instantes:

—Lo siento, sargento, pero el teniente Dart y sus hombres han recibido un aviso urgente. Hay un francotirador en un callejón transversal, situado en Álamo Road North, a la altura del dos mil quinientos treinta.

Penélope se quedó sin saber qué hacer. Dart iba a intervenir en un caso específicamente a una unidad de SWAT. Pero ¿no podía tratarse de una mortífera trampa del mortal enemigo de los equipos especiales de la Policía de Los Ángeles?

Había una forma de salir de dudas. Tomó su bolso de reglamento y echó a correr hacia la salida.

Al recibir la llamada, los hombres del grupo se habían precipitado hacia la puerta.

—Un momento —dijo—. Puede ser una trampa. Un callejón transversal es el lugar adecuado para tender una emboscada.

Stevens y los otros le contemplaron con curiosidad. Dart se acercó al plano y estudió detenidamente el lugar donde se había producido el conflicto.

—Morris —dijo a poco—, tú irás por retaguardia en un coche de patrulla, con Link, ambos debidamente equipados. No hagáis sonar la sirena. Nosotros iremos por vanguardia. El callejón es muy estrecho, pero tiene salida al campo. Si el señor X está allí, apostado con su «bazooka», vamos a darle un serio disgusto.

—Está bien —contestó el sargento—. Vamos, Link.

Momentos después, el coche y el furgón arrancaban discretamente, sin encender siquiera las luces del techo. Dart abrió la radio y escuchó mientras se acercaban al lugar afectado por la llamada de socorro.

Dos atracadores habían asaltado una tienda de empeños, llevándose unos cientos de dólares. De pronto, oyó que un coche de patrulla los había visto y estaba persiguiéndolos.

Billy, su conductor, había recibido ya instrucciones. Dart se desentendió de los otros avisos policiales, para concentrarse en la acción que debían ejecutar.

Al cabo de unos minutos, el furgón perdió velocidad.

—Preparados, muchachos —dijo.

Stevens llamó por la radio:

—Estamos llegando al punto designado —informó.

—Bien, mantente en contacto conmigo todo el tiempo —contestó Dart.

El furgón se detuvo. Dart, *Hooligan* y Blade, ya equipados, saltaron a tierra, con los fusiles en la mano. Dart, además, llevaba el equipo portátil de megafonía.

El callejón estaba a unos treinta pasos de distancia. Si el asesino les aguardaba, iba a llevarse un buen chasco, al ver que no aparecía el furgón de SWAT.

Dart corrió hacia la esquina y asomó la cabeza cautelosamente.

Al otro lado, a unos cien metros de distancia, vio parado un camión, con cubierta de lona.

Era el único vehículo que había en el callejón y dejaba apenas el espacio suficiente para que pudiera pasar un coche corriente. La zaga del camión se encontraba a unos ochenta metros de la entrada.

De repente, se percató de un detalle que le extrañó notablemente.

El camión tenía una posición ligeramente oblicua con respecto a las paredes de los edificios que formaban el callejón. El morro tocaba casi el muro, en tanto que la zaga se hallaba separada por un espacio algo superior a un metro.

No parecía la forma correcta de estacionar un vehículo, se dijo. Podía hacerse con un coche, si el conductor tenía prisa excesiva, pero el asesino había debido de preparar su emboscada con toda minuciosidad. ¿Estaba allí, oculto bajo la lona?

De pronto, vio algo que brillaba tenuemente, mucho más cerca de la entrada.

Inmediatamente, sacó la radio:

—Morris, ya lo tengo —dijo.

—¿Sí?

—Estoy a la entrada. Hay un camión parado a veinte metros del sitio dónde estás.

—Lo veo, Dart. ¿Crees que...?

—Quizá no esté ya. Ha puesto un cable atravesado a cincuenta centímetros del suelo y a unos cuarenta del camión. Ah, ahora veo un agujero en el tablero posterior... Es un orificio circular, de unos diez centímetros...

—Es probable que el tipo se haya largado ya, ¿no crees? —dijo Stevens, que había comprendido la clase de trampa que les había sido preparada.

—Casi seguro, diría yo. Morris haz que Link suba al tejado de la casa que hay junto al camión y que te cubra con su fusil. A mí me cubrirán *Hooligan* y Blade. Intentaré cortar el hilo.

—Cuidado. Puede haber otra trampa... una mina, por ejemplo.

—Si el tipo ya no está, habrá tiempo sobrado de buscar más trampas. Está bien, ¡en marcha...!

Repentinamente, se oyó el intermitente estridor de una sirena policial.

Atónito, Dart volvió la cabeza. En alguna parte, sonaban disparos de arma de fuego.

Dos coches asomaron a lo lejos, moviéndosela toda velocidad. Entonces, Dart recordó el aviso del atraco a la tienda de empeños.

—¡Cuidado! —gritó.

En el coche de los atracadores se veía a un hombre, con medio cuerpo fuera, disparando su revólver hacia atrás. *Hooligan* se arrodilló en el suelo y tomó puntería.

El automóvil de patrulla seguía a cortísima distancia. *Hooligan* hizo un disparo a las ruedas del coche perseguido, pero falló.

Con un tremendo rugido, el automóvil, de los atracadores se metió en el callejón. Dart hizo desesperados gestos con la mano, pero el pistolero le disparó un tiro y tuvo que echarse al suelo.

Una fracción de segundo después, el morro del automóvil rompió el hilo metálico. Entonces, surgió una llamarada de la zaga del camión y un objeto oscuro zumbó por los aires.

La granada alcanzó un blanco completamente inesperado. Se oyó una atronadora explosión.

—¡Dios santo! —exclamó uno de los policías—. ¿Qué ha pasado aquí?

—Nos habían tendido una trampa —dijo Dart.

El policía le miró, espantado.

—Usted es...

—Teniente Dart, de SWAT de Sierra. Habíamos descubierto la trampa y estábamos buscando el modo de desactivarla, cuando llegaron ustedes.

Los ojos del policía contemplaron el horrible espectáculo que ofrecía el coche alcanzado por el proyectil, y del que, prácticamente, sólo quedaba la estructura inferior y las cuatro ruedas, todo ello envuelto en llamas, que desprendían una humareda negra, espesa y aceitosa.

—Pobres diablos —murmuró.

Stevens y Cawndy corrían ya hacia el coche alcanzado.

Sonaban más sirenas. La gente empezaba a agolparse ante aquel inusitado espectáculo.

Un coche policial se detuvo de repente, con gran chirrido de frenos.

Dart se volvió y, pasmado de asombro, vio a Penélope que corría

hacia él.

—¡Dart, Dart! —gritó la joven.

Desalada, le agarró por un brazo, a la vez que le miraba con ojos desorbitados.

—Escuché el estampido de la explosión y pensé que... Oh, Dios mío, creí que iba a morir...

Dart sonrió.

—Descubrimos la trampa a tiempo, pero unos pobres diablos se metieron en el callejón y recibieron la granada que nos estaba destinada —contestó.

Penélope empezó a relajarse y apoyó su cabeza en el pecho del oficial.

—Vamos, vamos, sargento —dijo él, con fingida aspe reza—. Un policía no debe hacer ciertas cosas en público.

Hooligan llegó en aquel momento.

—Teniente, el lanzagranadas está en el camión, efectivamente, pero no hay el menor rastro del autor de la fechoría —informó.

Penélope se rehízo.

—Creo que yo he encontrado ese rastro —exclamó—. Dart, estoy en condiciones de afirmar que conozco la identidad del señor x.

CAPÍTULO XII

Había llegado un coche de bomberos y sus tripulantes se ocupaban de apagar el fuego. Algunos policías se ocupaban de restablecer la circulación y despejar de curiosos la escena del suceso. Rattigan, atraído por la radio, había acudido también.

—Es curioso que no sospechásemos de él —dijo Rattigan, cuando Penélope hubo terminado sus explicaciones.

—Suele suceder así —contestó Dart—. Cuando se trata de un crimen refinado, el autor es siempre el menos sospechoso.

—Sin embargo, va a ser difícil atraparle, a menos que consigamos pruebas concluyentes.

—Quizá podamos tenderle una trampa... —Dart medito unos instantes y luego continuó—: Harry, ya sé que éste es un caso para tu departamento, pero, a fin de cuentas, también a nosotros nos ha tocado un buen pedazo. Deja que lo haga yo.

—Dart, eso es cosa mía...

—Lo sé, pero el señor X es un auténtico experto en armamento. Y nosotros también. De todos modos, si consigo... hacerle perder el equilibrio, te avisaré para que intervengas.

—Está bien —cedió Rattigan finalmente—, pero ¿cuándo piensas actuar?

Dart se fijó entonces en un automóvil, con reporteros de radio, que se disponían a transmitir la noticia.

—Habla con ellos —indicó—. Pídeles que digan solamente que se ha producido aquí una explosión misteriosa, con víctimas, pero que no den detalles personales. El señor X, seguramente, estará escuchando la radio. Debemos conseguir que se confíe y crea que su trampa ha tenido éxito. Haz que el locutor diga que dará más detalles en su siguiente noticiario.

—Es una buena idea —asintió Rattigan.

Echó a correr. Dart le vio hablar con los hombres de la radio y

respiró, satisfecho.

Penélope, por contra, le miraba muy aprensiva.

—Vas a ir ahora —dijo.

—Las cosas en caliente, Penny —respondió él.

—Te acompañaré...

—Sargento, le ordeno oficialmente que vuelva a su oficina. — Dart sonrió—. No temas, no me pasará nada.

Los labios de la joven temblaron.

—Por favor, Lew... —Usó su nombre propio, debido a la emoción del momento—. Ten mucho cuidado.

—Ve tranquila, querida —contestó Dart.

—Conectaré la radio...

—Eso no puedo impedirlo. Morris, vámonos.

Los hombres de SWAT se encaminaron hacia el furgón. Dentro del vehículo, Dart empezó a quitarse el equipo de combate.

—Tenemos localizado ya al señor X —dijo—. Yo entraré en la casa, como si fuese a hacer una visita de rutina. Vosotros os situaréis en círculo, procurando no ser vistos hasta el momento adecuado. Estad atentos a mi señal por radio, ¿entendido?

—Ese hombre es peligroso, Dart —le recordó Stevens.

—No dejo de tenerlo presente ni un solo segundo. —Dart terminó de cambiarse de ropa y se dirigió hacia la puerta—. Vosotros me seguiréis en el furgón; yo iré en el auto patrulla. No os acerquéis a la casa, hasta que me hayáis visto entrar en ella.

—De acuerdo.

—Sea precavido, teniente —dijo Cawndy maliciosamente—. Le están esperando.

Dart asintió con una sonrisa. Abrió la puerta del furgón y saltó al suelo.

Por fin, pensó, iban a terminar con la terrible amenaza que, como una espada de Damocles, había estado suspendida sobre todos los equipos de SWAT durante todos aquellos días.

La cancela que cerraba el acceso a la propiedad era eléctrica y se deslizó silenciosamente a un lado, después de que Dart hubo anunciado su presencia, a través del interfono de la entrada.

—Encantada de recibirle, teniente —dijo Emily Carpenter—. A decir verdad, empezaba a preguntarme ya si me había olvidado.

—Eso es imposible, señora —contestó Dart con fingida

jovialidad. Volvió a su coche y lo hizo avanzar por el sendero de gravilla fina, que, después de un par de largas eses, conducía, por la ladera, hasta la explanada donde se hallaba la terraza con la piscina.

Emily se hallaba tendida al sol, ahora con un bikini negro, boca abajo, sueltas las cintas de la pieza superior. Alargó una mano lánguidamente sin cambiar de postura, y señaló la mesa bien surtida que había en las inmediaciones.

—Sírvase a su gusto, teniente —dijo con voz pastosa—. Es decir, si considera que es su hora de beber —añadió con una risita.

—Por lo menos, tónica con un par de cubitos de hielo —sonrió Dart, a la vez que dejaba la gorra sobre una silla—. Señora, le envidio su residencia.

—Gracias, teniente. ¿Era eso todo lo que tenía que decirme?

Dart puso dos cubitos de hielo en el vaso. De pronto, se fijó en algo que ya había llamado su atención en la ocasión anterior. Sin embargo, no le había concedido importancia.

Con el vaso en la mano, se acercó al artístico farol de hierro forjado que formaba parte de la decoración.

—Me gusta mucho —dijo—. Es precioso.

—¿Verdad que sí? —exclamó Emily—. Lo hizo mi esposo. Es muy mañoso, teniente.

—¿El señor Carpenter?

—Sí, el mismo. ¿Por qué se extraña de ello? ¿Es que usted no es aficionado a los trabajos caseros? Pero ya entiendo; su profesión no le deja tiempo...

—No es cuestión de tiempo, sino de maña —contestó Dart.

—Tal vez —rió Emily—. Mi esposo tiene un tallercito en el sótano de la casa y...

—¿Podría hablar con él, señora Carpenter?

Emily se volvió de pronto. Sentada en la hamaca, con una mano delante del pecho opulento, le miró sorprendida.

—¿Qué sucede, teniente? —preguntó.

—Debo hablar con él. Es algo muy importante... relativo al secuestro de que usted fue víctima.

Emily dudó un momento, pero acabó por ponerse en pie. Sin quitar el brazo del pecho, se acercó a la mesita, en donde, apreció Dart, había un interfono.

—Hal, ven, por favor —dijo, inclinada ligeramente hacia el aparato—. Hay un teniente de la Policía que quiere hablar contigo, acerca de mi secuestro.

Luego se volvió hacia Dart y le dirigió una mirada aprensiva.

—¿Qué sucede, teniente? —preguntó.

—Señora, temo ser portador de malas noticias —contestó el visitante con grave expresión.

Al ver a Carpenter, Dart no dudó ya ni por un momento que se encontraba ante el sujeto que había construido el tubo lanzagranadas. Carpenter tenía los ojos muy claros y ahora no usaba bigote postizo ni peluca entrecana. Llevaba una especie de pescadora, abierta, de flotantes faldones, y debajo se veía una camisa de color rosa fuerte, la que cubría un poderoso torso, con bastante vello, a juzgar por el que asomaba a través del cuello abierto de la camisa.

—Éste es el teniente Dart, querido —dijo Emily—. Quiere decirte no sé qué de mi secuestro...

Carpenter arqueó las cejas.

—Todo está resuelto, creo —habló con voz un tanto aflautada—. Ustedes, usted mismo, si mal no recuerdo, liberaron a mi esposa y me ahorraron así medio millón de dólares...

—¿Se los ahorramos a usted o a ella?

Carpenter se puso rígido.

—No entiendo, teniente —contestó.

—El rescate habría salido de la cuenta de la señora Carpenter. Usted no tiene otro dinero que el que ella le da, sin permitirle, por supuesto, intervenir en su fortuna.

—Bien, pero eso es absurdo... —Carpenter soltó una risita—. Admito que mi esposa es una mujer adinerada... Yo era pobre cuando me casé con ella. Pero si tengo todo lo que necesito, ¿para qué simular un secuestro?

—El secuestrador utilizaba siempre cintas grabadas para dar sus instrucciones. Jamás utilizó la escritura.

—Oiga, yo no iba a utilizar el teléfono de mi casa para dar instrucciones a los que tenían que entregar el rescate. Me habrían localizado de inmediato...

—Por eso, precisamente empleó las grabaciones. Sólo utilizó el teléfono: la primera vez, para denunciar el secuestro de su esposa y

decir que el secuestrador había indicado dónde podrían encontrarse una cinta con las instrucciones para el rescate. Esa cinta señalaba el lugar donde se encontraría otra, con nuevas instrucciones para el caso de que se aceptasen las condiciones. El secuestrador no volvió a emplear más el teléfono, es decir, usted... por la sencilla razón de que ya lo tenía todo preparado, incluso la trampa de la escopeta en aquella casa abandonada a la que condujo a su esposa.

Carpenter volvió a reír.

—Si lo hubiera hecho yo, ¿habría facilitado ese detalle tan importante? Sería absurdo, ¿no cree?

—Aparentemente, sí, porque usted sabía que los administradores de la fortuna de su esposa pagarían el rescate. Y esperaba tener tiempo suficiente para recoger la maleta con el dinero y telefonar luego, desde bastante distancia, a fin de que pudiera desmontar la trampa. No contó con que mandarían a hombres también con cierta experiencia, los cuales rescataron a su esposa, evitándole todo daño.

—Dart se volvió hacia Emily—. Usted dijo que el secuestrador tenía una voz chillona —añadió.

Ella miraba horrorizada a su esposo.

—Sí... A veces me parecía que era la suya... pero no podía creer que hubiera sido él... Se mostraba tan apasionado conmigo...

—El secuestrador era su propio esposo —siguió Dart, inflexible—. Tengo la seguridad absoluta de que se sentía harto de ser sólo un zángano, bien vestido y alimentado... y que quería marcharse a un país tropical, en donde nadie le habría hecho la menor pregunta acerca de una maleta con medio millón de dólares en billetes. Y apostaría también algo, aunque ese extremo no ha sido comprobado todavía, que hay de por medio una mujer bastante más joven que usted, señora.

—¿Es cierto eso, Hal? —chilló Emily.

—¡No le hagas caso! —bramó Carpenter—. Este policía es un fracasado. Sólo busca conseguir méritos a costa nuestra...

—Tenemos las grabaciones, no sólo las empleadas como secuestrador, sino las de sus llamadas a la Policía para inquirir noticias de su esposa... y las que hizo para que acudiesen los furgones de SWAT a lugares donde no había ningún conflicto. Los análisis en el osciloscopio de vibraciones sonoras han dado los mismos resultados en los tres casos.

Carpenter se puso pálido.

—Usted no nos perdonó a los SWAT que le hubiésemos estropeado el plan de medio millón de dólares —dijo Dart fríamente—. Quería vengarse de nosotros, destruirnos, mostrar que era superior a nuestros equipos especiales... ¿Recuerda usted a un tipo llamado McGarry, al que fingió no conocer hace algún tiempo, cuando se encontraron en plena calle? Aparte de que las huellas dactilares y el retrato de un antiguo infante de Marina, llamado Bradford J. Cooper, ya están en camino, podremos encontrar muchas pruebas en el sótano de su casa. Incluso el revólver que sirvió para matar a Martin Warren, sobre todo, un taller que le permitió construir un lanzagranadas casero, pero tan perfectamente eficiente como si hubiera salido de alguna de las fábricas del Gobierno... McGarry nos habló de que era usted un genio de la mecánica, capaz de reparar cualquier cosa que se hubiera estropeado en armas y vehículos...

De repente, Carpenter agarró a su esposa por un brazo y tiró de ella, a la vez que desenganchaba algo de su cinturón. Dart se quedó rígido al ver la granada de mano, hasta entonces oculta por la playera del sujeto.

—Voy a llevarme a mi esposa —dijo el sujeto con voz tensa—. No intente nada, teniente, porque haré es tallar la bomba y volaremos todos en pedazos.

Dart alargó una mano.

—Carpenter, no complique más su situación...

—¡Cállese! —rugió el asesino—. Tú, maldita zorra vieja, quédate quieta o te pondré la bomba en la tripa... ¡Vamos, vamos!

Emily miró suplicante al policía. Dart apretó los dientes, dándose cuenta de que no podía hacer nada en aquella crítica situación.

Carpenter retrocedía, arrastrando a la mujer, a un par de pasos del borde de la piscina. De pronto, Dart vio aparecer una extraña sonrisa en los labios del sujeto.

La mano de Carpenter se abrió ligeramente y la palanca de seguridad de la bomba, saltó con leve chasquido. Dart adivinó sus intenciones.

Iba a lanzarle la bomba, como venganza por un plan frustrado mucho tiempo antes. Empezó a calcular sus posibilidades de eludir

los efectos de la explosión.

—Carpenter, no podrá escapar. La casa está rodeada...

Gruesos lagrimones rodaban por las mejillas de Emily. Dart vio que estaba deshecha, terriblemente decepcionada por la conducta de un hombre en el que había creído hasta entonces. Ella podía tener sus devaneos, puesto que era la dueña del dinero, pero él...

Repentinamente, giró un poco y propinó a su esposo un terrible empellón. Carpenter aulló al caer al agua.

Dart vio el brazo derecho del sujeto en alto. La bomba, con la caída, se había desprendido de sus dedos, pero también se sumergió en el agua.

Desesperadamente, Carpenter sacó medio cuerpo fuera. En el mismo instante, un enorme chorro de espuma subió a lo alto, a la vez que se producía una terrible explosión.

Durante una fracción de segundo, Dart pudo ver la horrible mueca que había aparecido en el rostro del asesino. La onda explosiva, pensó, lo había reventado por dentro.

Luego, Carpenter quedó boca abajo, con los brazos y las piernas extendidos, flotando como un pez muerto, rodeado por una mancha rosada, que se extendía lentamente en torno a su cuerpo.

Emily estaba acucilladla en el suelo, con la frente pegada a las losas de la orilla, encogida sobre sí misma. Su cuerpo se agitaba en fuertes espasmos de llanto. El sujetador de su traje de baño había caído a un lado, pero ella no parecía haber reparado en ello.

Stevens y los otros miembros del equipo empezaron a llegar. Dart buscó una bata y la puso sobre los hombros de la mujer. Luego la ayudó a ponerse en pie.

—Morris, avisa a un médico —dijo.

—Está bien, Dart.

—De modo que el teniente y la sargento...

—Se casarán en cualquier momento.

—Y van en viajes de bodas...

—A París, Chipre y Rodas...

Dart carraspeó mientras miraba de reojo a los dos humoristas del grupo.

—El teniente y la sargento se van a casar, es cierto, pero no irán en viaje de novios a Europa. Eso rebasa nuestras posibilidades —dijo—. Nos conformaremos con un par de semanas en Acapulco.

Tengo que reconstruir mi casa; el seguro no cubre los destrozos causados por un lanzagranadas.

—Hombre, si quiere, pasaremos el sombrero —dijo Blade.

—Reuniríamos una buena cantidad —rió Stevens.

Dart sonrió también.

—Será mejor que empecéis a pensar en el regalo de bodas —dijo —. Sobre todo, teniendo en cuenta los destrozos de mi casa. Hay objetos que reponer, ¿entendido?

Penélope apareció en aquel momento.

—Me han dicho que ya habías terminado tu servicio, Dart —exclamó—. Hola, amigos —saludó al resto.

—Sí, ahora me disponía a salir —contestó el teniente—. Estaba insinuándoles cuál era un adecuado regalo de bodas.

Ella miró sonriendo a los cuatro policías.

—¿Lo han decidido ya? —preguntó.

Stevens cambió una mirada con los otros tres. Luego, sonriendo, contestó:

—¡Un abrelatas!

Penélope se echó a reír. Dart la agarró por un brazo.

—Falta el bicarbonato —añadió—. Como podéis ver, no queremos vuestra ruina. La sargento y yo somos así de generosos.

—O de tacaños, según se mire —dijo Stevens.

—Sí, todo depende del punto de vista... Pero aquí estamos perdiendo el tiempo. Vámonos, Penny.

—El viaje de bodas harán... —cantó el pelirrojo.

—Y en Acapulco disfrutarán... —Siguió *Hooligan*, mientras los futuros esposos cruzaban la puerta.

Dart miró a Penélope.

—Son unos buenos chicos —dijo.

—Sí, lo son —convino ella, devolviéndole la mirada.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 25 PTAS.

NOTAS

[1] Tácticas y Armas Especiales. (N. del E.). < <